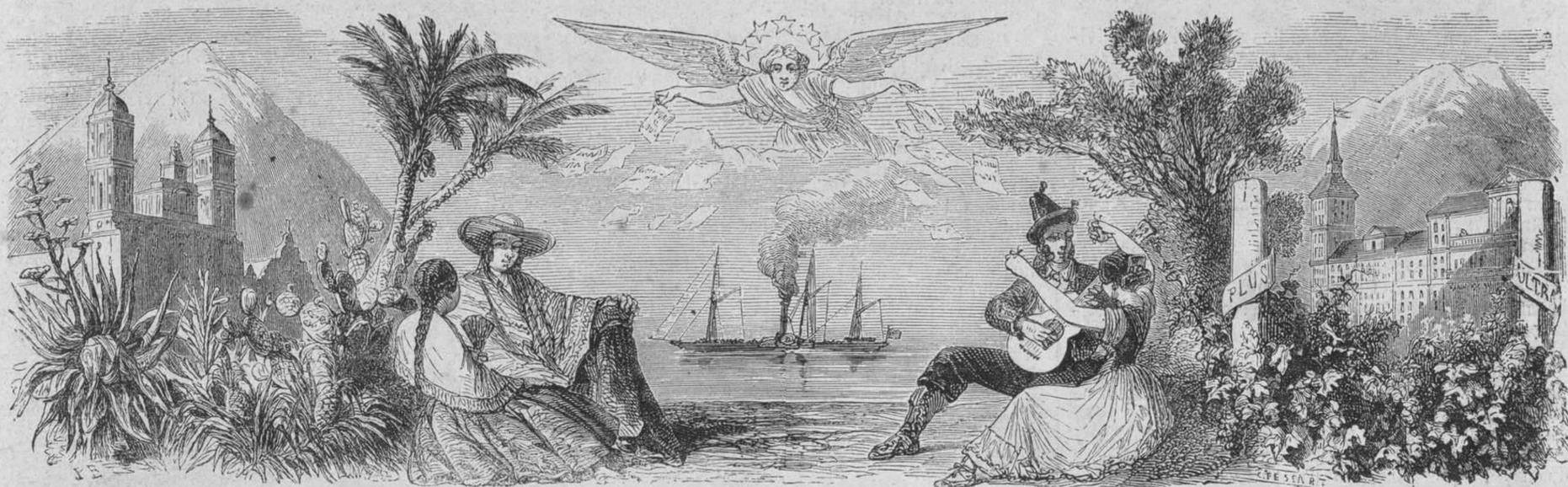


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 22. — N° 551.

SUMARIO.

Una revolucion en Madagascar; grabado. — La tragedia del infante. — Los perros. — Llegada de la guarnicion de Puebla al campamento francés; grabado. — Entrada solemne del ejército francés en Puebla; grabado. — Revista de Paris. — Al pié de un árbol. — Panorama de Méjico á Puebla; grabado. — Los últimos cuentos de Edgardo Poe. — Las dos perlas. — Expedicion á Méjico; grabados. — Sucesos contemporáneos; grabados. — Revista de la moda. — Problemas de ajedrez; grabado. — El tiro nacional italiano; grabados.

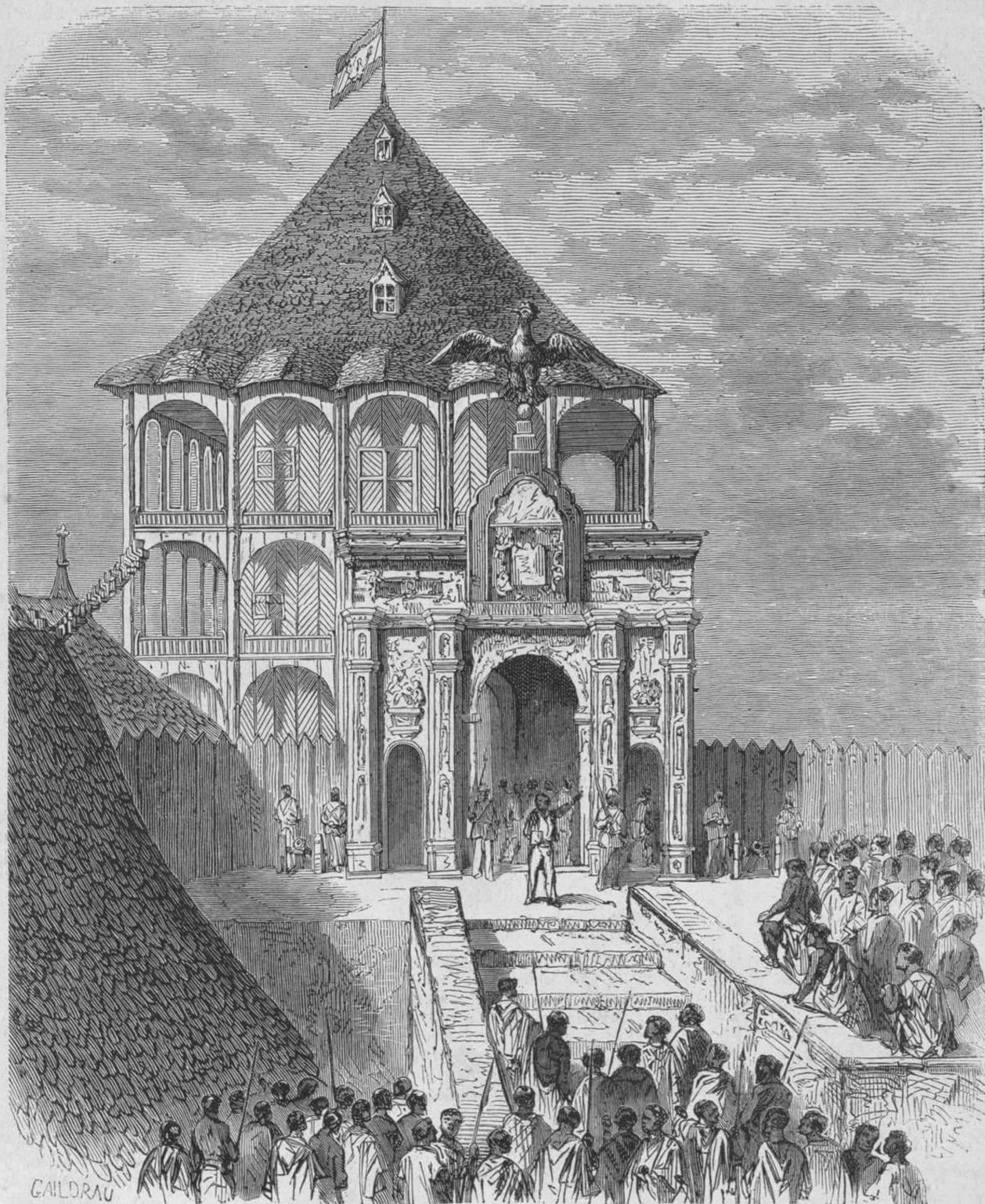
Una revolucion

EN MADAGASCAR.

Por las curiosas noticias que contienen, vamos á traducir del *Monitor* las siguientes cartas del cónsul general francés en Madagascar, M. Laborde, en las cuales se explican los sangrientos sucesos ocurridos recientemente en aquella isla. Estas cartas están dirigidas al ministro de Negocios extranjeros :

« Tananarive 28 de abril de 1863.

Señor ministro : Tengo el honor de informar á V. E. de que el rey Radama ha promulgado una ley con el objeto de sofocar las disensiones que han surgido entre los sacerdotes de los ídolos y los cristianos. Ved aquí en qué circunstancias. Hace algunos dias que aflige al pais una enfermedad que produce una especie de alucinacion. A favor de esa enfermedad, los sacerdotes de los ídolos, excitados, segun se dice, por personajes elevados, han tratado de recobrar el poder que te-



Proclamacion del advenimiento de la reina Rasoherina en Tananarive (Madagascar).

nian en otro tiempo, y de volver así al antiguo estado de cosas.

En su consecuencia, muchos de ellos, fingiendo estar enfermos, pero en realidad obedeciendo solo á las instigaciones de los sacerdotes, se han presentado al rey diciéndose enviados de la anterior reina (Ranavalo), á la que pretenden ver en su alucinacion, y le pidieron resueltamente la expulsion de los cristianos. De todo esto resulta una sobreexcitacion popular que podrá llegar á ser alarmante. Esperábase con impaciencia la solucion que el rey diese á esta cuestion. El 25 de abril S. M. hizo publicar que toda provocacion de los sacerdotes de los ídolos á los cristianos, ó de estos á aquellos, seria castigada con una fuerte multa. Espero que esta proclama causará buen efecto.

Por lo demás, si las cosas no parasen aquí, tendré cuidado de informar á V. E.

Recibid, etc.

J. LABORDE. »

« Tananarive 15 de mayo.

Tengo el honor de informar á V. E. del gran acontecimiento que acaba de realizarse en Tananarive. Radama II no existe ya, y Rabodo ha sido proclamada reina de Madagascar con el nombre de Rasoherina. Vuestra Excelencia hallará en este parte todos los pormenores de esa revolucion política. Pero para comprender bien la situacion actual, es preciso remontarse algo mas atrás.

Habia al rededor del rey dos partidos : por un lado los antiguos oficiales y los grandes del pueblo que tenían á su cabeza al primer ministro y al comandante en jefe; por el otro los menamosos, jóvenes que componian la guardia de Radama cuando este era todavía príncipe, y que á su advenimiento se habían apoderado del poder.

De tres meses á esta parte era evidente que habian destruido la influencia de los oficiales superiores, pues acaparaban todos los favores y sugerian al rey medidas que no aprobaba la poblacion. Acusábaseles de injusticia y de concusion en los cargos que se les confiaban, y principalmente en la administracion de justicia. Señalábase en fin una grande inmoralidad en la casa de Piedra, en Ambobimitsimbina, residencia habitual del rey, frecuentada casi exclusivamente por los menamosos.

Pero habia entre los dos partidos un motivo de division mucho mas poderoso, que era una antipatia de raza.

Andrianampomerina, padre de Radama I, era del Norte de Emerina, y fué auxiliado por las gentes del Norte para formar un reino de la reunion de doce pequeños Estados. Los favores habian sido naturalmente para las gentes del Norte, y los menamosos son del Sur. Además, el ministerio habia sido siempre patrimonio de la muy poderosa familia del antiguo comandante en jefe Rainnikaro; ahora bien, aunque el nombre de primer ministro y de comandante en jefe haya quedado en aquella familia, su influencia estaba absorbida por la de los menamosos. Así se hallaban las cosas, y no faltaba mas que un pretexto para hacer estallar las hostilidades.

El rey lo dió publicando una ley que autorizaba el duelo, y hasta el combate de tribu á tribu y de pueblo á pueblo, sin otra formalidad que el consentimiento de las dos partes.

Esto era proclamar la guerra civil.

Al dia siguiente de promulgada esta ley, el viérnes 8 de mayo, los oficiales y los grandes del pueblo se presentaron al rey á rogarle en nombre de aquel que revocase la ley citada. Los dos principales personajes de esta diputacion, el primer ministro y el comandante en jefe, hijos los dos de Rainnikaro, se arrojaron á los piés del rey, suplicándole que revocase la ley.

Ya habia este cedido á sus instancias, cuando uno de los oficiales, en el curso de la conversacion, dejó escapar algunas palabras atrevidas. El rey se levantó al punto, y retirando su promesa, declaró formalmente que la ley seria mantenida á pesar de todo. A esta protesta contestaron los oficiales: «Pues bien, no nos queda otro recurso que armarnos por temor de un ataque,» y con esto se retiraron. En aquella tarde, en efecto, á eso de las cuatro, la ciudad estaba llena de hombres armados que se dirigian en masa á la casa del primer ministro, la cual domina una parte de la ciudad como una especie de fortaleza.

Cuando supe que iba á estallar un motin en aquella misma tarde, creí prudente en interés de nuestros nacionales, esto es, un comerciante, los padres y las hermanas, reunirlos en el consulado.

El cónsul inglés adoptó igual precaucion respecto de los misioneros metodistas; pero no habiendo acudido estos á su invitacion, el cónsul, cuya casa no está separada de la del cónsul francés mas que por una pared medianera, pasó la noche con nosotros. Durante esta primera noche, los oficiales y los notables, en número de 6.000 hombres, tuvieron consejo en casa del primer ministro.

Allí se redactó una lista de proscripcion de 33 individuos, todos ellos de los que rodean al rey, á excepcion de su secretario y de los antiguos partidarios de Ramboassalma. Al dia siguiente por la mañana enviaron una diputacion para intimar al rey que revocase la ley promulgada. Este se negó, é inmediatamente pueblo, esclavos y soldados armados se reunieron en la plaza pública, dominada por la presencia del primer ministro. A eso de las nueve se arengó á la poblacion, se les designaron los culpables, y un grito general, acompañado del ruido de armas y de gestos amenazadores, acogió esta proclama y se vió partir en todas direcciones numerosos destacamentos en busca de las victimas.

Once cayeron bajo sus golpes antes de espirar el dia, entre ellos los esclavos cuyos dueños estaban prosritos. El crimen de uno era haber sido sorprendido cargando un fusil cuando fueron á asesinar á su amo. Sobre esto haré observar á V. E. que las ejecuciones estaban rodeadas de una apariencia de justicia; la muchedumbre no asesinó á aquel esclavo en el acto, careciendo de autorizacion del comité. Solo despues de una orden de este volvió á dar muerte al desventurado.

Entre tanto el rey, inquieto sobre la suerte de sus favoritos, se dirigió con la familia real á la casa de Piedra, donde varios de ellos se habian refugiado. La reina misma, que debia ir por la mañana á una casa de campo, habia acompañado al rey á la casa de Piedra. Era la vez primera que entraba en ella.

A medio dia principiaron las negociaciones. Los enviados del pueblo, despues de los saludos mas respetuosos y de las protestas mas vivas de adhesion á la persona real, reclamaron del rey, en nombre del pueblo, los hombres que tenia aquel ocultos. El rey respondió que no los entregaria.

Siete veces fueron las diputaciones á hacerle la misma demanda, y siete veces recibieron la misma respuesta. Finalmente, viendo el rey que toda resistencia era imposible, les dirigió estas palabras: — ¿Quién es vuestro rey? — No tenemos otro rey que vos, respondieron los diputados. — Pues bien, yo, vuestro rey, lamo vuestros piés: concededme la gracia de esos hombres. Ya ha habido bastante efusion de sangre. Os pido perdón para esos desgraciados. No tendrán ya ni poder ni dignidades; serán desterrados para siempre; pero otorgadme su gracia.

La diputacion llevó esta respuesta al cuartel general. Se arengó de nuevo al pueblo, y al punto el pueblo, ar-

mado de azadas, se dirigió á Ambobimitsimbina para arrasar la casa de Piedra.

Un oficial de la reina se presentó ante la muchedumbre con la bandera de Radama. Esta fué saludada y se rindieron las armas; pero se reclamó á los culpables. Entonces el rey tomó la palabra invocando á los que todavia le amasen, y cierto número de leales vinieron á colocarse á su lado. Aprovechóse de esta circunstancia para hacerse escoltar, y con los brazos extendidos sobre sus desgraciados amigos, como para cubrirlos con su proteccion, se dirigió al palacio con ellos y con la familia real.

Habiéndose prolongado las negociaciones hasta la noche sin resultado, declaró el rey que iria él mismo á implorar su gracia de Rainivonahitriniony, primer ministro. El consejo estuvo en permanencia toda la noche en la mayor agitacion, habiéndose retirado el pueblo pacíficamente. Al amanecer del dia siguiente continuaron las negociaciones, proponiendo al rey que condenase á los culpables á cadena perpétua, que los entregase y se les dejara salva la vida. El rey respondió que no podia aceptar un suplicio peor que la muerte.

Hubo un momento de esperanza y de alegría cuando se supo á las dos que el pueblo habia concedido la gracia, y hasta que al dia siguiente debia renovar al rey el juramento de fidelidad. Esta ceremonia se realizaba dos dias despues, pero para su sucesor.

Entre tanto, el pueblo no ratificó el perdón concedido por los diputados: queria la sangre de las victimas. Al mismo tiempo era trasladado el cuartel general al lado del palacio, en la casa de Rainimaharavo, uno de los jefes del comité.

La reina se presentó á una nueva diputacion y prometió en nombre del rey entregar los culpables, á condicion de que se les dejase salva la vida, aun cuando se les pudiera condenar á cadena. Se aplazó la discusion para el dia siguiente, invitando á la reina á que viniese con su prima, porque tenian que hablarla. En aquel momento una triple fila de soldados rodeó el palacio, y todo parecia dispuesto para el asalto, gritando desde fuera que se hiciera salir de él á las mujeres y á los niños. Lo cierto era que los soldados tenian orden de entrar así que se abriese una puerta y de asesinar á todos los que les opusiesen resistencia.

Entre tanto el rey se presentaba en el balcon mas alto del palacio, con el quitasol encarnado encima de su cabeza y la bandera ondeando sobre el edificio. Llegada la noche se retiró el pueblo, quedando guardadas todas las avenidas, prohibida la circulacion y la ciudad en estado de sitio.

Al dia siguiente, lúnes, fueron convocados todos los soldados de la provincia de Emerina, los cuales vinieron á acampar al pié de la ciudad, con orden de no obedecer sino cuando fuesen mandados por los seis oficiales del décimosexto honor juntos.

A eso de las dos se abrió una puerta de palacio, y los catorce individuos fueron entregados sucesivamente, despues de una obstinada discusion por una y otra parte, para ser encadenados y trasladados lejos de Tananarive. A esta noticia los oradores se pusieron á arengar al pueblo hasta la llegada de los prisioneros, que fueron acogidos con silbidos y gritos de muerte. Creyóse que acabaran con ellos. Cruzaron la plaza entre dos filas de soldados con las manos atadas á la espalda, y sin otro vestido que un lienzo al rededor de la cintura.

Así fueron conducidos á la aldea mas próxima. La noche fué tranquila, pero el palacio permaneció cercado, circunstancia que chocó á todos, porque entregados los culpables, no habia motivo para que continuara sitiado el palacio. El comité declaró sin embargo que no trataria con el rey hasta haber hallado á todos los culpables. A la mañana siguiente, á eso de las diez, vinieron á decirme en secreto que el rey ya no existia, que acababa de ser asesinado. Así terminaba este rey tan querido, con razon, en todo Madagascar.

Si me es lícito expresar una opinion sobre los felices resultados futuros de este reinado, demasiado corto por desgracia, diré que Radama II ha dejado huellas indelebiles de su paso sobre el trono de Madagascar.

La abolicion del tanguin y algunos otros usos referentes á la administracion judicial, la tolerancia religiosa, la iniciativa que ha dado á las ideas de progreso y de civilizacion; en una palabra, todas las instituciones liberales con que ha dotado al pais, producirán tarde ó temprano sus frutos á pesar de las ideas retrógradas de los agitadores del momento.

A la una nos envió el consejo uno de sus miembros con este mensaje: «¡Los culpables han muerto, Rabodo es reina de Madagascar!» A las dos 21 cañonazos saludaban su advenimiento, y se dirigia á la muchedumbre, despues de haberle hecho deponer las armas, con la siguiente proclama: «El rey, desolado por la pérdida de sus amigos, se dió la muerte: Rasoharina es reina de Madagascar.» La muchedumbre quedó silenciosa. Los verdugos mismos, que acababan en aquel momento de inmolar á los catorce individuos entregados el dia antes, pasaban en silencio contra su costumbre.

Se recomendó al pueblo que siguiese la pista á los diez prosritos que habian escapado de las pesquisas. Desde allí se fué á prestar juramento de fidelidad á la reina. Esta aceptó la corona por fuerza, llegando hasta amenazarla si rehusaba.

Al dia siguiente, 13, se me comunicaba, igualmente que al cónsul inglés, la nueva Constitucion, á la que juró ser fiel la reina. Hé aquí el resumen de los artículos de esta Constitucion:

«La reina no beberá licores fuertes; el derecho de

vida y de muerte pertenece al consejo, del que la reina tendrá la presidencia.

Se conserva la abolicion del tanguin, igualmente que la libertad de cultos, con una restriccion para la pequeña aldea de Ampohimanga, donde se halla la tumba de la antigua reina.»

El 14 al medio dia fuí con el cónsul inglés á visitar á la reina, la cual estaba rodeada de sus altos empleados. Despues de los saludos de costumbre, nos dijo en pocas palabras que deseaba continuar manteniendo buenas relaciones con los extranjeros, y se retiró. Hablamos algunos momentos con los empleados de palacio, y por la tarde recibí una carta del primer ministro.

Este me anunciaba que habia enviado orden á los gobernadores de la costa para proteger á los blancos. Habia corrido el rumor de que estos no debian gozar ya de las ventajas que les habia concedido Radama II.

He sabido tambien de origen seguro que el rey, mientras estaba sitiado, me habia escrito dos veces llamándome en su auxilio: las dos cartas fueron interceptadas. Además, yo no podia prestarle auxilio alguno, imponiéndome el interés de mis nacionales la mayor reserva, y hallándome yo mismo vigilado.

Recibid, etc. — LABORDE. »

La tragedia del infante.

I.

En 1355 era señor de Vizcaya Don Tello, hijo del difunto rey Don Alonso XI, y reinaba en Castilla su hermano Don Pedro I, llamado por unos el Justiciero, y por otros el Cruel. Habia tomado parte Don Tello en la guerra que los grandes del reino hacian á Don Pedro, y este se propuso acabar con todos los señores que le habian tenido preso en Toro. En el número de estos señores se contaba Don Tello, y en este concepto, por mandado del rey, se dispuso don Juan de la Cerda á hacer guerra sin tregua al señorío de Vizcaya.

El ejército real hizo dos entradas por Vizcaya, una de ellas por Gordejuela y la otra por Ochandiano, y en ambas fué completamente destrozado por los vizcainos acaudillados en la primera por Don Tello y en la segunda por don Juan de Avendaño.

Deseando los vizcainos vivir en paz y buena amistad con el rey de Castilla, y queriendo obligar á su señora á gobernar el señorío sin enemistarse nuevamente con Don Pedro, hicieron pactos con este obligándose á negar la obediencia á Don Tello si llegase á deservir al rey, á quien en tal caso reconoceria por su señor, y quien por su parte se obligaba á guardar á los vizcainos sus fueros, buenos usos, costumbres y privilegios que juraria en persona so el árbol de Guernica en junta general convocada á son de bocinas tañidas por sayones, como lo habian jurado todos los pasados señores de Vizcaya.

Don Tello y su mujer Doña Juana de Lara sancionaron y aceptaron estos pactos, prometiendo no deservir al rey de Castilla so pena de perder el señorío de Vizcaya que Don Tello habia obtenido por medio de su casamiento con la hija mayor de don Juan Nuñez de Lara.

A pesar de estos pactos firmados mártés 21 de junio año de 1356 en Bilbao en las casas de Juan Sanchez de Barrondo, y cuyas condiciones habian previamente acordado y redactado todos los vizcainos en uno, Don Tello, dominado y arrastrado por los rencores de familia que movian continua guerra á Don Pedro, se enemistó nuevamente con este á tal punto que el rey determinó matarle.

Hallándose en Sevilla, hizo Don Pedro dar muerte á su otro hermano bastardo, el infante Don Fadrique, maestre de Santiago, y á otros caballeros de los que le tuvieron preso en Toro, entre ellos Sancho Ruiz de Villegas, Pedro de Cabrera, Fernando Alfonso de Gahete, don Lope Sanchez de Avendaño, Alfonso Jufre Tenorio, Alfonso Perez Fermosino y Garci Mendez de Toledo. Parece que su primo Don Juan, infante de Aragon, que se hallaba á la sazón en Sevilla, le aconsejó y ayudó en tan bárbara matanza.

Sabedor de que Don Tello se hallaba muy descuidado en Aguilar de Campo, cuyo señorío poseia tambien, partió de Sevilla el mismo dia en que hizo dar muerte á Don Fadrique, y llegó á las siete á Aguilar. El dia que el rey llegó, Don Tello andaba de caza en el monte, y como le avisase un escudero suyo llamado Gutierre de Gurra, huyó para Vizcaya, llegó al puerto de Bermeo, se embarcó en una barca pescadora y se refugió en Bayona. Durante su viaje por Vizcaya ni un solo vizcaino se le reunió á pesar de que reclamó su auxilio para defenderse del rey Don Pedro que le iba á los carcañales. Cuando los vizcainos tenian el deber de defender á su señor, le defendieron peleando como leones en los campos de Ochandiano y Gordejuela, sin temer las iras de Don Pedro. Cuando tenian el deber de desampararle, le desampararon. Así han cumplido siempre sus juramentos los hijos de esta hidalga tierra.

Don Pedro llegó á Bermeo algunas horas despues de haberse embarcado Don Tello, y al saber que se le habia escapado su presa casi de entre las manos, la persiguió hasta Lequeitio; pero la mar estaba algo brava, y tanto por esto como porque la barca de Don Tello le llevaba ya mucha delantera, se volvió á Bermeo bramando de ira.

El infante de Aragon Don Juan, fundándose en el derecho que creia tener al señorío de Vizcaya por haber

casado con doña Isabel, la hija menor de don Juan Nuñez de Lara, había pedido á Don Pedro el dicho señorío, y Don Pedro se le había prometido como recompensa de los servicios de que le era deudor, con tal que los vizcainos quisiesen dárselo.

Recibido el rey Don Pedro en Arechaválaga y conducido so el árbol de Guernica, donde se reunieron hasta diez mil vizcainos en representación de la tierra llana, villas, Encartaciones y Duranguesado, habló de este modo á la junta :

— Bien sabeis como Don Juan, el infante de Aragon, mi primo, es casado con doña Isabel de Lara, hija de don Juan Nuñez, que fué vuestro señor, y de doña Maria, su mujer, é como por esta razon le pertenece Vizcaya por cuanto Don Tello es ido de España é ha andado é anda en mi deservicio. Por ende vos ruego que tomeis por vuestro señor al dicho infante Don Juan é á su mujer doña Isabel.

Los vizcainos le contestaron :

— Nunca habremos otro señor en Vizcaya salvo el rey de Castilla. Queremos ser de la vuestra corona é de los reyes que reinen en Castilla despues de vos, é non nos fable hombre del mundo en al.

Como no se ha escaseado medio alguno, por odioso que fuese, para pintar al desgraciado Don Pedro como un monstruo de falsia y crueldad, no han faltado escritores que hayan supuesto calumniosamente que esta valerosa contestacion de los vizcainos había sido previamente exigida por el mismo rey. Tenemos, si, por calumniosa tal suposicion. Los vizcainos, que como dice el mismo Pedro Lopez de Ayala, cronista del fratricida de Montiel y de los que mas han contribuido á hacer odiosa la memoria de Don Pedro, *son omes á su voluntad*; ó lo que es lo mismo, hombres de ánimo altivo y libre, no se prestaron ni se han prestado nunca ni se prestarán á tan indigno papel, ni el rey Don Pedro, altivo hasta la soberbia y valiente hasta la temeridad, era capaz de acudir á tales farsas para hacer triunfar su justicia ó su capricho.

Terminada la junta, el rey Don Pedro envió á decir al infante que á pesar de habersele él rogado, los vizcainos no le querian tomar por señor; pero que él venia á la villa de Bilbao y aun tornaria aquí á instar para que le diesen el señorío.

II.

Antes de seguir mas adelante, permitasenos decir que no somos de los que como Gracia Dei, don Diego de Castilla, el conde de la Roca, Ledo del Pozo y nuestro insigne poeta Zorrilla, se constituyen en ciegos admiradores del rey Don Pedro I. Don Pedro era un leon dotado de toda la nobleza y la fiereza que á los leones se atribuye. Punzado y hostigado perpétuamente, el leon hizo uso de toda su ingénita fiereza para defenderse y vengarse. Nuestra opinion en este punto está conforme con la que emite el autor de la crónica de Don Pedro Niño. « El rey Don Pedro, dice, fué ome que usaba vivir mucho á su voluntad : mostraba ser muy justiciero; pero tanta era la su justicia é fecha de tal manera, que tornaba en crueldad. »

El infante Don Juan era hombre rencoroso y cruel. Su contemporáneo Pedro Lopez de Ayala, empeñado en pintar sanguinario tigre á Don Pedro para que pareciera manso cordero Don Enrique de Trastámara, tenia interés en retratar con bellos colores á las victimas de Don Pedro. Pues á pesar de esto, óiganse las palabras que pone en boca del infante refiriendo la entrevista que este y el rey tuvieron en Sevilla el dia de la muerte del maestre de Santiago Don Fadrique.

« — Primo, dijo el rey, yo sé bien é vos así lo sabeis, que el maestre Don Fadrique mi hermano vos quiere grand mal é así facedes vos á él.

» E el infante Don Juan respondió :

« — Así es verdad, señor, que yo quiero muy mal al maestre de Santiago é al conde don Henrique su hermano, é ellos quieren mal á mi por vuestro servicio. Por ende yo soy muy placentero de lo que vos tenedes ordenado de matar hoy al maestre, é si la vuestra merced fuere, aun yo mismo le mataré. »

Estas últimas palabras consignadas por pluma no sospechosa de parcialidad, prueban que el infante Don Juan no tenía entrañas mas benignas que el rey Don Pedro.

Hallábase hacia las merindades de Castilla, y cuando recibió de Don Pedro la noticia de que los vizcainos no le querian por señor, desatóse en denuestos y amenazas contra el rey, creyendo que el desaire era obra de este para quedarse con el señorío, y contestó á Don Pedro en términos descomedidos.

El rey, disimulando su enojo, envióle á decir que viniese á Bilbao para ver de vencer con su intervencion la resistencia de los vizcainos, « omes que non toman señor facilmente, mas le guardan fieros é leales despues de le tomar é jurar. »

El infante se puso inmediatamente en camino, movido mas por el deseo de vengarse del rey que por la esperanza de lograr el señorío de Vizcaya, que ambicionaba hacia mucho tiempo.

Esa almenada torre que vemos en la plaza vieja de Bilbao, en la esquina de Artecalle, servia de palacio á los señores de Vizcaya. Por aquellos tiempos tenia un balcon que daba á la plaza, y cierto que es lástima no se derribe, para dejar descubierto monumento tan antiguo y tristemente célebre, el cuerpo de edificio que se construyó tiempos despues en su costado meridional sin mas objeto que el de regularizar los arcos de la plaza.

En la torre á que nos referimos han posado varios reyes, como lo significan las cadenas que vemos en la entrada de la torre por Artecalle, y como se lee en los rótulos que hay en la fachada del pegote del Mediodia. En esa torre se hospedaba el rey Don Pedro el 12 de junio de 1359, cuando le anunciaron la llegada del infante Don Juan, á quien acompañaban tres escuderos suyos que quedaron á la puerta de la torre.

Juan Fernandez de Hinestrosa, camarero mayor del rey, anunció á este que el infante esperaba su venia para entrar en la cámara.

Los ojos del rey brillaron de ira y alegría.

— ¡Traidor! exclamó Don Pedro; ¿pensabas que mi generosidad para contigo no había de tener cabo? Fuiestes uno de los felones que me tuvieron preso tres años en Toro, afrentándome como nunca afrentaron á rey; te perdoné; tornaste á la liga de mis enemigos; torné á darte mi amistad, ¿y hoy pagas tanta clemencia sospechándome traidor, y osando venir á mi cámara cautelosamente armado para asesinar me? Hola, Juan Fernandez, mi camarero leal, decid á Juan Diente y Gonzalo Recio que hagan al infante la pleitesia que hicieron en Sevilla al maestre de Santiago.

El infante llevaba un cuchillo escondido bajo el vestido, circunstancia que por imprudencia suya ó buen espionaje del rey sabian ya este y sus servidores.

A una seña de Hinestrosa, los criados del rey arrancaron al infante el cuchillo, y como el infante, buscando amparo ó venganza, quisiese penetrar en la cámara donde descubrió la terrible figura del rey al abrir Hinestrosa la puerta, Martin Lopez de Córdoba, otro camarero de Don Pedro, se abrazó con él para impedirle la entrada.

Entonces el feroz ballestero Juan Diente enarboló una maza que tenia al hombro, y descargó un tremendo golpe en la cabeza del desventurado infante, y á este golpe siguieron los de otros dos ballesteros.

Y el infante, que era recio de cuerpo y ánimo, á pesar de que arrojaba sangre por boca y oídos, no caía, pero se fué, ya sin sentido, hacia Juan Fernandez de Hinestrosa, que permanecía á la puerta de la cámara, y que sacando con una mano la espada y dándole con la otra un empujón, gritó :

— ¡Allá! ¡Allá!

Y á esto el ballestero Gonzalo Recio tornó á dar al infante con la maza en la cabeza, y entonces el infante cayó muerto.

El rey, que había presenciado esta horrible escena desde el fondo de la cámara, salió á la antecámara donde había un balcon que daba á la plaza, y mandó á sus verdugos que arrojasen por el balcon el cadáver del infante.

La plaza estaba llena de gente que adivinaba muda de terror la tragedia de que era teatro la torre de Artecalle, y al ver caer el ensangrentado cadáver del infante, que al dar en el suelo salpicó de sangre á la multitud, esta lanzó un grito de horror que resonó siniestramente en todo el valle del Ibaizabal.

Y entonces apareció el rey Don Pedro en el balcon de la torre, y con feroz y sarcástica sonrisa gritó á la muchedumbre :

— ¡Vizcainos! ¡catad ahí el que queria ser vuestro señor!

La muchedumbre calló horrorizada; pero se cuenta que aquella misma noche se asomó Don Pedro al ensangrentado balcon de la torre, y á la luz de la luna vió en la cumbre de Miravilla un espectro que, señalando hacia los férreos montes de Triano, le gritó :

— ¡De Vizcaya saldrá quien vengue á Don Juan en Castilla!

Don Enrique de Trastámara no era vizcaino; pero lo era el hierro que sepultó en el corazon de su hermano en los campos de Montiel.

Don Pedro, sombrío y meditabundo, abandonó al dia siguiente á Vizcaya.

¿Quién era el espectro de Miravilla? ¡Solo lo sabe Dios, que ha puesto al lado del crimen el remordimiento!

ANTONIO DE TRUEBA.

Los perros.

No es muy prudente que digamos tener razon demasiado pronto, ni tenerla contra todo el mundo. Sucede sin embargo, á veces, que despues de un tiempo mas ó menos largo, aparece alguna de esas verdades, que como prematuras, han permanecido encerradas, y que escapada á pesar de todo, se convierte en un lugar comun, en una vulgaridad. No sucede esto con lo que á propósito de los perros voy á decir; hará unos quince años que sostuve por vez primera lo que ahora voy á sostener, y todo me hace creer que no conseguiré lo que me propongo, como no lo conseguí anteriormente. Uno de los mayores obstáculos que toda mi vida he hallado al luchar contra ciertas preocupaciones, ha sido una masa de frases hechas en favor de aquellas, que cada cual repite como las ha oído, esto es, sin que nazcan de la reflexion, y simplemente porque es facil decir las, poco trabajoso hallarlas, lo cual es harto cómodo.

La posicion inexpugnable de los perros da lugar á dos consideraciones.

La primera es que algunos filósofos en ciertas épocas, deseosos de humillar á la humanidad en general ó á algun poderoso en particular, han prestado al perro todas las cualidades y virtudes que injustamente se atri-

buye la raza humana, así como Tácito en su *Historia de los germanos*, ha hecho por medio del elogio, un poco parcial de este pueblo, una sátira indirecta, aunque violenta, de los vicios de los romanos.

La segunda es que el perro ha sido declarado « el amigo del hombre, » y con esto se contesta á todo.

Es por cierto una revelacion singular del caracter humano este consentimiento unánime de llamar su « amigo » al perro. En efecto, el perro obedece sin reflexion: se somete sin distincion y sin voluntad propia, así á los deseos como á los caprichos; si se le pega, en vez de defenderse se arrastra á los piés de su amo y lame la mano que le ha castigado. ¿Es esto lo que el hombre exige á sus amigos? Mil veces sí; escuchad las quejas que dos amigos profieren el uno del otro, y vereis que sin atreverse quizás á pensarlo, este servilismo en el afecto, este entusiasmo en la domesticidad es lo que cada cual ha soñado al impetrar del cielo un verdadero amigo.

Y esto no es una paradoja, puesto que segun la opinion unánime el perro es el emblema de la amistad; claro y evidente es que un hombre merecerá la calificacion de verdadero y sincero amigo, á proporcion que se asemeje al tipo del perro. La amistad pues es fecunda en quejas y recriminaciones, y cada cual pide á los demás oro puro y sin liga en cambio de miserable calderilla; de manera, que á excepcion de dos casos, entre dos amigos y en todas las circunstancias de la vida, no hay mas que uno que verdaderamente sea amigo del otro. Todos queremos poseer un amigo y nadie se ocupa de serlo. Los dos casos exceptuados son: si uno de los amigos es de la naturaleza del perro ó lleva la domesticidad hasta la nobleza y el heroismo, ó si dos hombres buscan en la amistad una alianza defensiva y ofensiva que hace que cada uno de ellos reuna la fuerza de dos hombres.

Nadie mejor que yo tiene derecho de decir la verdad á los perros. Durante diez años he pertenecido á uno de Terranova, hermosísimo: entre nosotros estaban cambiadas las relaciones ordinarias; era yo sumiso, humilde, fiel como un perro; él era caprichoso, extravagante, ingrato como un hombre. Yo era el amigo de mi perro, y sin embargo, despues de unas relaciones de diez años, intentó devorarme por dos veces, y me obligó á reasumir nuestra amistad de este modo: 1º Los perros no valen mas que los hombres. 2º Mi perro me amaba como hubiera podido amar á un bifeck.

Este sentimiento, no tan noble como parece á primera vista y que obliga al mas infeliz pordiosero á querer tener á su vez á quien rechazar y maltratar injustamente, y al hombre que mendiga su pan cotidiano á tener tambien por parásito, este sentimiento, repito, ha concluido por traernos un mal, no solo verdadero, sino lo que es mas, horrible.

El número de males á que el hombre está expuesto forma una lista de largas dimensiones y de evidente certeza. Y sin embargo, en toda ella no hay un solo mal comparable con el peligro de rabiar, y este peligro solo existe para nosotros por los perros y por su multiplicacion prodigiosa.

Suponed, inventad, fabricad un amigo: adornadle de todas las cómodas y lucrativas virtudes que en sueños acordais á un amigo; imaginadle afectuoso hasta el crimen, rico y generoso hasta la locura.

Cread en vuestra imaginacion la mas encantadora mujer que hayais soñado á los veinte años; dotadla como lo fué Pandora ó las princesas de los cuentos de hadas, cuya belleza, mas resplandeciente que el sol, es una de las menores cualidades.

Despues añadid á la pintura de todas las felicidades que os reportaria la posesion de un amigo semejante ó de una mujer parecida, el siguiente pormenor:

« Mi amigo es tan rico como Creso y su fortuna me pertenece; es fuerte como Hércules, bravo como Aquiles, y solo para mi emplea su bravura; nada desea si no es para mi; todo le es indiferente, excepto el verme feliz.

» Mi mujer es hermosa como Vénus y quisiera serlo aun mas para aumentar mi agrado; consentiria gustosa en no existir á los ojos de los demás hombres, ó en parecerlos fea; la mas sincera admiracion solo la producirá enojo, y temerá que por un deseo ó por un sueño, la usurpen algo de ella misma; querria reservarse toda entera para mi; tiene talento y no habla delante de los demás; es fiel sin saberlo; solo sabe que me ama, iba á decir á mi solo, y no seria cierto, puesto que no sospecha que hay otros hombres á quien poder amar.

» Pero...

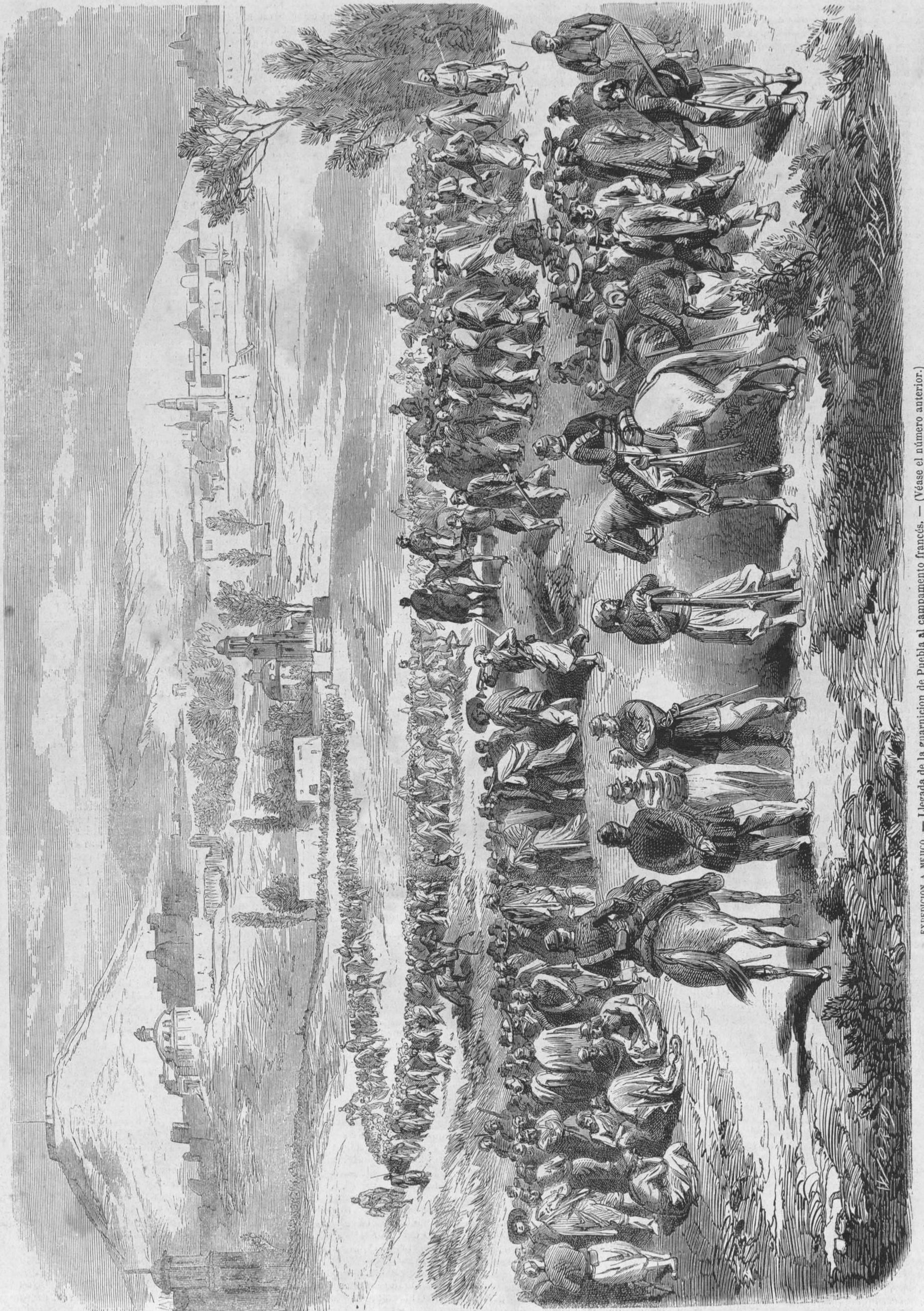
» Mi amigo está sujeto á una dolencia cerebral; es posible que un dia, sin razon ni pretexto, me salte la tapa de los sesos: es una enfermedad de familia.

» Mi mujer tiene un inconveniente: sin darla el menor motivo de queja, podria mezclar unas gotas de ácido hidrocianico en el vino de Champagne que yo habia de beber al cenar con ella; la viene esto de raza. »

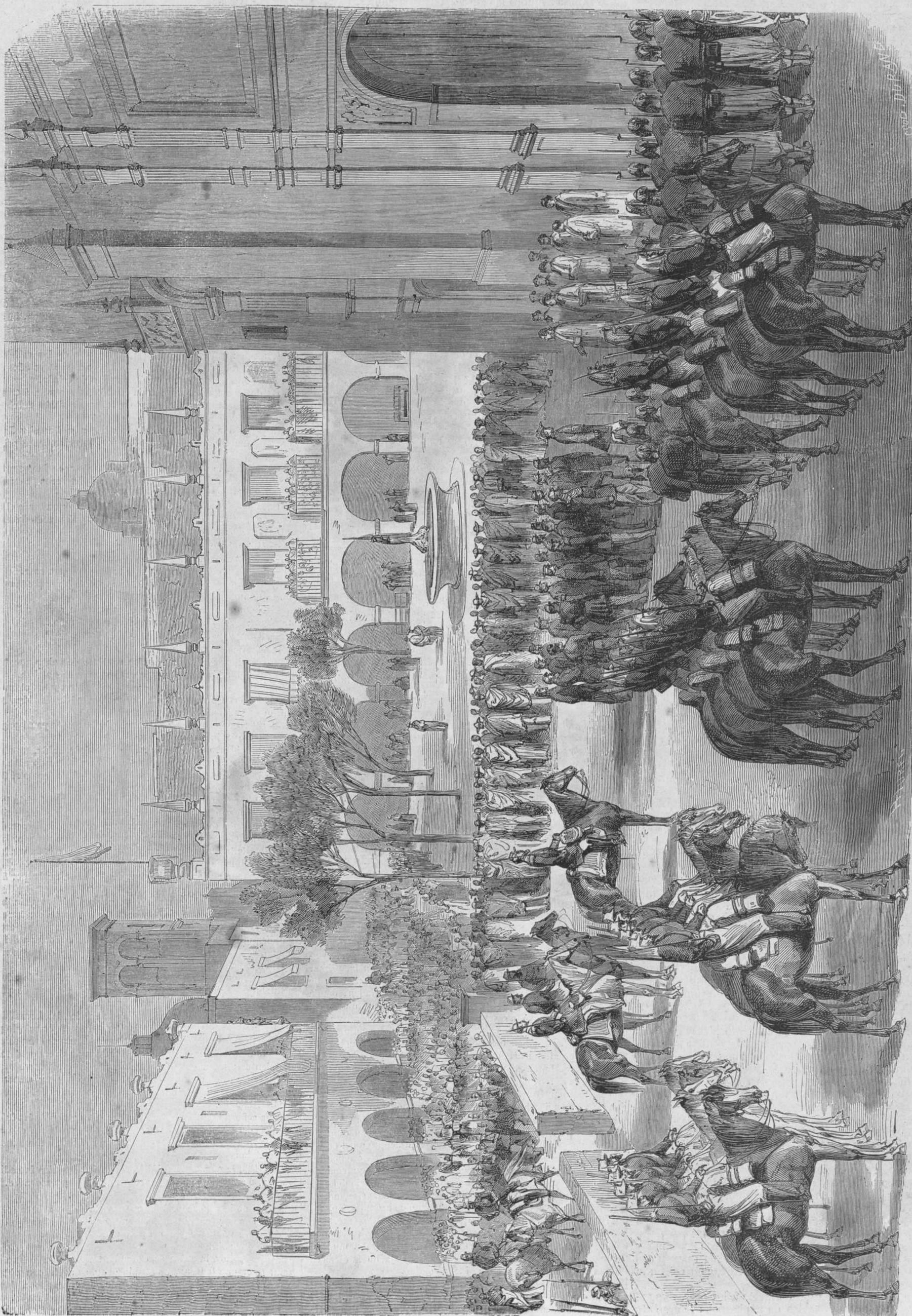
Supongo que os sentiriais muy frio ante la perspectiva de las felicidades que de antemano os prometiais de estos dos seres cariñosos, y aun ofrecierais de buena gana alguna de las perfecciones que en ellos os encantaban, en cambio de la dolencia del primero, ó los inconvenientes de la segunda, y que no siendo este cambio posible, renunciariais sin vacilacion á la amistad del amigo y á la de la mujer.

¿Y qué quiere decir el peligro de romperle á uno el craneo con una bala, ó coagularle la sangre por el veneno al lado de la horrible probabilidad de rabiar?

No daré aqui una descripcion de la rabia; basta que vuestro perro sea mordido en el campo ó en la calle por



EXPEDICION A MEJICO. — Llegada de la guarnicion de Puebla al campamento francés. — (Véase el número anterior.)



Entrada solemne del ejército francés en Puebla. — Recepcion del general Forey en la catedral. — (Véase el número anterior.)

un perro rabioso, para que os muerda á pesar de su cariño, á pesar suyo, y para que á vuestra vez, furioso, insensato, espumante, convertido en bestia feroz, mordais y desgarréis con los dientes a vuestra mujer, á vuestros hijos, á vuestros amigos, comunicándoles esta horrible dolencia, dolencia tan espantosa, que durante mucho tiempo no ha habido escrupulo ninguno en ahogar á los que la padecian.

Todos los dias, á cada instante correis este peligro, sea que provenga de vuestro perro ó del primero al lado del cual paseis.

Razonando de un modo riguroso, ninguna mañana podeis asegurar: *Ciertamente no será rabioso esta tarde.* Jamás podreis tener una certidumbre matemática de no encontrar en la calle cuya esquina doblais, un perro que os comunique la hidrofobia, *enfermedad para la cual no hay remedio.* Vuestra mujer, que sale con vuestros hijos, corre este riesgo á cada paso que da fuera de casa.

De seguro temblaríais si supiérais que un león ó un tigre se habian escapado de las jaulas de la casa de fieras y se paseaban por la poblacion; y sin embargo, ¿qué comparacion existe entre el peligro que os haria correr el encuentro con estos animales y el que correis con el encuentro de un perro rabioso? Si hubierais de morir á las garras de los primeros, no padeceríais esa furiosa demencia, esas convulsiones terribles, esa metamorfosis en bestia feroz, espumante de una baba contagiosa que preceden á la muerte de un hombre mordido por un perro rabioso.

Además, con valor, con sangre fria, con armas bien templadas, podeis defenderos contra el león: si venceis, aunque salgais herido por sus uñas y sus dientes, es casi seguro que la medicina os curará, sin mas que con socorros.

Pero atacado por un perro rabioso, mordido por él, de nada os serviría un ejército de cien mil hombres; destreza, valor, todo es inútil: supongo que habeis obtenido la victoria, que habeis muerto a vuestro enemigo; pero si sus dientes han desflorado vuestra epidermis, si su baba ha tocado á vuestra carne, sois perdido: de nada os servirán la medicina, ni la ciencia, ni los cuidados. Antiguamente seriais ahogado; hoy se os deja morir sin ahogarse, y nada mas ni nada mejor se ha podido hallar.

Y este peligro, el mayor y mas espantoso, el mas irremediable que puede correr el hombre, se arrostra todos los dias, no por valor, puesto que el valor mas sereno vacilaria, sino por indiferencia, porque *no se piensa en él.*

Todos los años, no obstante, sucumben muchas personas *atacadas por la rabia.* Vos mismo, lo repito, ninguna *certidumbre* podeis abrigar de que no os llegue vuestro turno hoy, dentro de una hora.

Nadie niega este daño. Todos los años vemos en los periódicos nuevos ejemplos; todos los años se publican bandos y prohibiciones ineficaces. La policia toma por sí misma medidas que se cumplen con harta negligencia, pero que demuestran que no se trata de un cuento ni de un sueño. Todo el mundo conviene en que la rabia se declara espontáneamente en el perro; que un perro rabioso puede morder en una hora á otros veinte; que cada uno de estos puede rabiarse y morder á cuantos hombres encuentre, y que estos rabiosos á su vez, babearán, arrojarán espuma, morderán y sucumbirán, siendo objeto de lastima y horror para sus amigos y su familia. Todo el mundo conviene en que la sola probabilidad de curacion consiste en la cauterizacion de la mordedura con un hierro hecho ascuá; que contra la rabia no hay remedio alguno cierto; que antes se ahogaba á los hidrófobos, que hoy no se los ahoga, y que esto es cuanto la ciencia ha adelantado.

Y á pesar de todo esto, por una singular ceguera, parece como que no se cree en la hidrofobia; ninguna precaucion seriamente eficaz se toma contra ella, y aquellos que leen los bandos que la autoridad fija al principio de cada verano, demuestran mas miedo del hierro ardiente aplicado sobre la mordedura de un perro rabioso, que de la misma rabia: tan horrible es esta imagen, que el espíritu no puede acogerla, ni aun concebirla. Es un fenómeno del alma humana, del cual se ven algunos ejemplos en ciertas áridas cuestiones, como la de la eternidad, que no hace efecto porque su grandeza no entra en el alma del hombre.

Evidentemente que mas inquietud inspira y mayores precauciones se toman si se cree que hay pulgas ó chinches en una habitacion, que contra las probabilidades de ser mordido por un perro rabioso.

He dicho que las precauciones rutinarias adoptadas por la autoridad, siempre las mismas, dichas del mismo modo bajo todos los ministerios, son insuficientes é ineficaces.

Hélas aquí:

« Se arrojarán bolas envenenadas en las calles. »

¿Y quién asegura la fidelidad de los agentes? ¿Quién la probidad de los confeccionadores de las bolas? ¿Quién del número de estas y de la fuerza de su preparacion? ¿Quién de las que son arrastradas y perdidas por varias causas?

Además, uno de los primeros síntomas de la rabia consiste en que el perro se niega á comer: así pues, aun suponiendo suficientemente numerosas las bolas y con suficiente veneno, los perros rabiosos quedan exceptuados de las precauciones que se toman contra la rabia canina.

Se previene que se dará muerte á los perros vagabundos, y con efecto, se les da á algunos; lo creo, lo sé; pero ¿porqué á algunos solamente?

Hay en todas las poblaciones ciertos sitios adonde los perros parecen convocarse, como los hombres se citan en la Bolsa: ignoro la causa de estas reuniones, aunque no soy el único que las ha notado. Pues bien: pasad por la mañana por uno de estos sitios despues de las ejecuciones de la policia, y vereis cuán poco ha disminuido el número de perros errantes.

Si yo fuese corregidor, ó ministro, renunciaria desde luego á esos inútiles bandos que todos saben de memoria y nadie obedece.

Tampoco opino por la contribucion sobre los perros, si el mal puede remediarse de distinto modo; siempre es triste ver al dinero extender sus privilegios, y los pobres no olvidan que lo son con tanta frecuencia que sea necesario recordárselo.

En vez de esto ensáyese el simplicísimo medio siguiente: Anúnciese por medio de un bando que *todos* los perros, en cualquier estacion que sea, encontrados en la calle ó en los caminos sin bozal y sin un collar que exprese el nombre y domicilio de su dueño, serán inmediatamente muertos. Se concederán diez dias á todos los que posean perros para proveerlos del bozal y del collar.

Trascurridos los diez dias se matará, no solamente á todos los perros errantes, sino tambien, sin excepcion y sin demora, á todo perro que no tenga bozal y collar. Esta orden será extensiva á todo el reino, aun á las mas pequeñas aldeas. No se admitirá ninguna excepcion, ni ninguna indulgencia, ni ninguna tibieza en el cumplimiento de esa orden.

Que esto es posible, que esto es fácil, no hay necesidad de demostrarlo, así como tampoco que esto es lo único eficaz.

Tomada esta disposicion y publicado este edicto, sería siempre conservado y vigente, es decir, que siempre todo perro sin collar y sin bozal sería muerto. Además, el dueño de todo perro que rabiase sería condenado á prision y á una gruesa multa, si desde los primeros síntomas no hubiese impetrado el auxilio de un veterinario.

En quince dias se conseguiria no ver en la vía pública ni un solo perro sin bozal, como no se ven osos sueltos.

Para satisfacer las reclamaciones de los cazadores, el perro del cazador sería libre; el collar sería obligatorio solamente, pero debería llevar bozal antes y despues de la caza, es decir, por las calles y por los caminos. Además, un perro rabioso no caza.

Estoy plenamente convencido de que de la autoridad depende hacer de la rabia un accidente excesivamente raro y casi problemático.

Ninguna razon veo para no hacerlo así.

No faltará quien exclame: — ¡Hé ahí un hombre miedoso!

Menos miedoso que el que no se atreve á mirar el riesgo cara á cara.

Frecuentemente he visto personas que teniendo que atravesar de noche un sitio peligroso, han rehusado llevar armas, y se han burlado del viajero que se apresaba á la defensa en caso necesario, tachándole de cobarde.

Sin embargo, si el peligro previsto y posible se realiza, el viajero que tuvo miedo y está armado se resiste y se defiende.

Mientras que los valientes son asegurados, despojados, procuran escaparse, piden gracia ó gritan ¡socorro!

Confieso que tengo un miedo extraordinario á los perros rabiosos y á la rabia.

A. KARR.

Revista de Paris.

Esta semana ha ocurrido un fallecimiento en Paris que será un luto para toda la aristocracia europea. William Alejandro Antonio Archibaldo, duque de Hamilton y de Brandon en Escocia y en Inglaterra, duque de Chatterault en Francia, primer par de Escocia, lord-teniente del condado de Lanark, acaba de morir en esta capital hallándose de paso para Baden, donde está su señora. Una caída en una escalera ha puesto fin á su existencia, al cabo de tres dias de una agonía horrorosa. En la ausencia del emperador, pariente suyo, y de su esposa, el duque ha encontrado en la emperatriz los únicos consuelos que han podido aliviar las amarguras de sus últimos instantes.

Nacido en Londres en febrero de 1811, el duque de Hamilton, undécimo del título, descendía de una poderosa familia de Escocia, íntimamente ligada con la historia de su país. Despues de haber terminado sus estudios en Oxford, el duque de Hamilton se casó en 1843 con S. A. gran duca la princesa María de Baden, prima de Napoleon III por su madre la gran duquesa Estefanía, que fué, como es sabido, la hija adoptiva del emperador Napoleon I. El noble difunto habia consagrado todos los ocios de su vida opulenta y todos los recursos de un patrimonio inmenso, al cultivo de las artes. Guardian hereditario del castillo de Holyrood, el duque habia fundado cerca de Glasgow, en uno de sus espléndidos palacios, un magnífico museo de objetos de arte antiguos y modernos, que enriquecía diariamente.

El duque reunia todas las cualidades morales y físicas que hacen populares en el mundo á los poderosos, y ha muerto, como hemos dicho, en la flor de su edad, bajando la escalera de la Maison Dorée, en donde habia comido.

Las crónicas escritas hoy fuera de Paris son las que resumen las noticias del mundo elegante. Vichy, Baden y Ems, hé ahí los lugares favorecidos actualmente por la moda. En Vichy reina una animacion extraordinaria: todo se vuelven fiestas, fun-

ciones teatrales y conciertos al aire libre; las principales notabilidades de la corte imperial se hallan en Vichy, y la estancia del emperador, que parece haber adoptado definitivamente esa residencia termal, no contribuye poco á la boga de que disfruta. El emperador ha dado impulso al movimiento que se nota asistiendo á las funciones teatrales que se efectuan en los salones del establecimiento.

Baden está lleno de personajes de todas las naciones, españoles, ingleses, italianos, franceses y sobre todo rusos. Durante el mes de agosto, el teatro alemán, la ópera francesa y la italiana alternarán en sus funciones. Por último, en Ems, la afluencia de viajeros es tan grande, que no se encuentra una habitacion desocupada.

Volviendo á Paris, diremos que nos hallamos en vísperas de una solemnidad académica, que siempre excita sobremanera la atencion pública: es la sesion anual de la Academia francesa.

M. Saint-Marc Girardin, director, presidirá la sesion, cuyo programa es este:

Informe de M. Villemain sobre el concurso de poesía; lectura de la composicion que ha ganado el premio (el autor es M. Enrique de Bornier, bibliotecario en el Arsenal). Discurso sobre los premios de virtud de la fundacion Montyon, por el presidente-director.

La reunion de las cinco academias tendrá lugar, como de costumbre, el 14 de agosto, y en esta sesion solemne se dará el premio de 20,000 francos.

A propósito de los premios de virtud que concede la Academia gracias á la generosa fundacion de M. Montyon, hé aquí un hecho que no nos extrañaria ver citado en el discurso del presidente-director.

Una señora anciana que habitaba en una de las callejuelas del arrabal Saint-Jacques, mandó á llamar hace tres años de la Bretaña á una jóven para que la sirviera de criada.

Esta señora no era rica; toda su fortuna ascendía á tres mil francos de renta anual, por cuyo motivo necesitaba mucho orden en su interior.

La jóven que la envió una de sus amigas, se llamaba Juana, era huérfana, y se la recomendaron encarecidamente por sus buenas cualidades.

Con efecto, la anciana en cuanto la hubo conocido se prendó de ella, porque á la verdadera un verdadero tesoro: económica, aseada, juiciosa y trabajadora cual ninguna.

Un año reinó la paz en aquel paraiso; pero una tarde el ama entró en su habitacion muy trastornada, y llamando á su doncella, la dijo:

— Hija mia, es preciso que nos separemos.

— ¡Separarnos!

— Sí, es preciso que hoy mismo te busques otra casa.

— ¿Con que me despide Vd.? exclamó la jóven prorumpiendo en llanto.

— No, hija mia, no te despido, contestó la anciana llorando tambien; pero no puedo tenerte aquí mas tiempo...

— ¿Y porqué?

— Porque estoy arruinada.

Efectivamente, la buena señora acababa de saber que todos sus valores habian quedado sumergidos en una quiebra.

— Si no es mas que eso, respondió sencillamente Juana limpiándose los ojos, no me iré, pues á la edad de Vd. bien necesita una persona que la sirva.

— ¿Pero no comprendes, Juana, que no puedo ya ni pagarte tu salario ni alimentarte?

— Pues bien, no me dé Vd. ni dinero ni comida, repuso la afectuosa bretona; pero como Vd. ha reemplazado para mí á mi difunta y buena madre, yo la cuidaré á Vd. como si fuera una hija, y trabajaré para las dos.

Y sin hacer caso en este punto de cuanto pudo decirle la anciana, la jóven se fué á jornal á una tienda de comestibles, donde pasaba todo el dia, y por la noche volvía á casa de su ama; además se habia reservado una hora para arreglar la habitacion de la que miraba como á una madre, y cada vez la llevaba el alimento que se proporcionaba con su trabajo.

Esta buena accion, que ha durado dos años, acaba por fin de encontrar su recompensa.

Un hermano de la anciana ha muerto sin hijos y sin hacer testamento en marzo último, y así esta buena señora heredera del difunto, se ha venido á encontrar de repente en posesion de diez mil francos de renta que formaban la fortuna del hermano, con quien estaba reñida hacia tiempo, y de quien no esperaba nada en el mundo.

Ahora bien, su primer cuidado al verse rica ha sido adoptar á Juana por hija suya, así como esta la habia adoptado por su madre cuando se hallaba en la desgracia.

Extendido el escrito de adopcion con todas las formalidades de costumbre, la señora puso á la jóven en un buen colegio para que reciba en él la educacion necesaria á su nueva posicion, pues en el dia tiene el brillante porvenir de una heredera de doscientos mil francos. — No la faltarán pretendientes.

Un lance promovido por un acto de una violencia inaudita puso la otra tarde en conmocion á los paseantes del boulevard de los Italianos.

Una señora vestida elegantemente salía de una de las lujosas tiendas del dicho boulevard, cuando vió correr hacia ella á un caballero muy demudado, que la asió del brazo fuertemente, diciéndola:

— Al fin la encuentro á Vd..., venga Vd. conmigo inmediatamente, ó si no llamo á un guardia municipal y vendrá Vd. á la fuerza.

— Yo no le conozco á Vd., exclamó la pobre señora soltándose el brazo y caminando con presteza hacia el pasaje de la Opera; pero su perseguidor corrió detrás gritando:

— ¡Detenedla!

A estos gritos, la gente se reúne en torpo de la señora que toman por una ladrona, y entre la gente se adelantan algunos guardias municipales para prenderla, preguntando al propio tiempo al caballero cuál era el delito que habia cometido.

El individuo en cuestion, cuya furia habia llegado al colmo, responde:

— Su delito es haberse escapado de casa sin mi consentimiento...

— Pero ¿quién es usted?

— Soy su marido.

— ¡Usted mi marido! exclama la señora con estupor; ¿está usted loco?

A esta exclamación fuertemente acentuada, el individuo la clava una mirada escudriñadora, y por fin retrocediendo dos pasos, saluda muy confuso diciendo:

— Perdóneme Vd.; la había tomado á Vd. por mi esposa; se parece Vd. tanto á ella que me he engañado. Disimúleme usted...

Y al hablar así trataba de escurrirse dejando á la señora mas muerta que viva de vergüenza; pero uno de los agentes municipales, suponiendo que podía ser un malhechor, le echó la mano al cuello para llevarle ante el comisario de policía.

Afortunadamente para el pobre loco, una persona conocida que se hallaba entre la muchedumbre y de un exterior respetable, le reclamó afirmando que el parecido entre la señora que acababa de alejarse y la de su amigo era tan notable, que él mismo se había engañado, y se había detenido á prestar apoyo á la que creía conocer, contra la escena conyugal que tenía lugar en público.

El sugeto en cuestión parece que es un hombre celoso hasta la locura, y que guarda con llave á su mujer siempre que no sale de su casa en su compañía.

Todo se explicó entonces; el Oteló fué puesto en libertad, y sin duda marchó de prisa á su casa para ver si la verdadera esclava suya no había roto su cadena.

En el teatro del Gimnasio se ha estrenado esta semana una pieza en cinco actos de M. T. Barriere y M. Crisafulli, que sin duda está llamada á tener un crecido número de representaciones. La prensa toda la ha juzgado como una obra importante y digna de la boga que alcanza actualmente.

Hé aquí el análisis de su argumento:

Raul de Villefranche es un joven muy enamorado cuando el juego no le distrae, y en un viaje que hace á Meaux se queda prendado de la linda hija de un acaudalado comerciante llamado M. Trumeau. Este no mira con malos ojos al aspirante, y ya se habla de casamiento, cuando acierta á llegar un tal Argeles, compañero del futuro yerno en los juegos de Baden y de Spa, que le echa á perder todo por algunas revelaciones intempestivas.

M. Trumeau da gracias al amigo que le ha hecho conocer quién es Raul, y rompe el matrimonio; pero hé aquí que su hija ayudada por la institutriz se presta á un rapto que lleva á cabo Raul, y que obliga al padre á dar su consentimiento para la boda.

En el primer acto el enlace, y en el segundo la ruina.

La novia había sacado de la casa paterna las joyas de su madre, que valían cuarenta mil francos, y que constituían su único dote por el pronto. Raul manda imitar las pedrerías en falso, las pone en lugar de las finas, entrega estas á su amigo Argeles, quien las lleva á empeñar, y corre con el dinero á Homburgo.

Por extraordinario esta vez gana en el juego, y oportunamente, pues llega en el instante en que la joven esposa adornada con sus alhajas falsas espera á su padre, que por fin consiente en reconciliarse con ella.

Al punto, bajo un pretexto cualquiera, se ponen á cambiar las joyas, pero con tanta prisa deben hacer este cambio, que se engañan, y cuando llega M. Trumeau, su hija tiene en la garganta el collar de vidrio. El comerciante quiere abrir el medallón que encierra cabello de su esposa, y no encontrando nada adivina la verdad y sale de aquella casa enfurecido.

En el tercer acto nos hallamos en Homburgo, donde Raul y Argeles pierden cuanto juegan; pero al fin la fortuna se les muestra propicia, si bien es preciso advertir que Argeles se ayuda con algunas trampas. Raul gana honradamente, y sale de la ruleta cargado de oro y de billetes de banco, cuando su suegro que estaba en Homburgo para distraerse, se alza delante de él como un remordimiento. Quiere huir y le cierra el paso su mujer, quien le creía en Estrasburgo cerca de su madre moribunda, y así se lo dice.

— Voy corriendo, exclama el jugador, y podré abrazar á mi madre dentro de tres horas.

— Es inútil, ¡ha muerto ya!...

Y cae el telón sobre este golpe teatral de un gran efecto.

Raul en el cuarto acto aparece otra vez arruinado.

Van á embargar todo lo que tiene en su casa, y sin embargo, aquella misma noche da un baile.

Argeles llega en aquel momento, y como un demonio tentador, le hace comprender lo sencillo que es ganar al juego, y le da esta lección con las cartas en la mano.

— Así nos han robado, exclama.

Raul mira, escucha, y aprende á pesar suyo.

Una vez solo, maquinales toma las cartas, ve con cuánta facilidad puede enriquecerse, y se embriaga de antemano con el oro que en lo sucesivo llegará á montones á sus manos.

Su esposa aparece entonces; se acerca, examina los naipes, lo comprende todo, y cae desmayada.

En el último acto Raul se ha vencido, y juega, sí, pero como juega un hombre de honor, y lo mas particular es que gana.

De aquí surge uno de esos desenlaces inesperados que hacen el éxito de una pieza. Mientras Raul está entregado al juego, observan las infamias de su amigo y le arrojan del salón ignominiosamente; pero Raul, favorecido como hemos dicho, por una vena extraordinaria, tiembra á la idea de que Argeles ha preparado sus cartas, y que muy luego sufrirá la vergüenza de su cómplice. Su mujer se aproxima á él, y con voz estridente le dice: «Ladron;» á este horrible golpe arroja los naipes aterrado y quiere huir, quiere suicidarse; mas se reconoce que solo el acaso le ha hecho ganar, y todos le proclaman el mas leal de los hombres.

La lección ha aprovechado, y Raul puede jurar á su familia que no le cogerán en otra.

Este drama, perfectamente ideado y lleno de bonitos episodios de que no hemos podido hacernos cargo en este corto aná-

lisis, es un gran lauro para sus autores, así como para sus intérpretes, entre los cuales descuella de un modo notabilísimo M. Lafontaine, que desempeña el papel de protagonista.

MARIANO URRABIETA.

Al pié de un árbol.

Una parte de los magníficos bosques de la Charente, en Francia, pertenece a la noble y benéfica marquesa de Marsieu, y de la otra, que confina con la calle real de Angulema á Ruffec, es dueño el señor baron de Forbin-Jonzac.

Una mañana al despuntar el sol acaeció á la sombra de los referidos bosques un caso extraño, singular, tremendo y agradable a un mismo tiempo; un espectáculo de teatro, que debía comenzar como un drama, y tener fin del mismo modo que una comedia.

Dos hombres de cerca de cuarenta años se introdujeron separadamente á la misma hora y en el mismo instante en un bosque perteneciente al señor de Jonzac. El uno de aquellos dos personajes era un fastuoso caballero de Angulema, y el otro un simple y honesto negociante de Ruffec: este se apellidaba solamente Pedro Labriche, mientras que aquel se hacia llamar con orgullo el baron de Forbin-Jonzac. El señor de Forbin y Pedro Labriche anduvieron una gran parte de la hermosa calle de árboles sin verse y sin oír mas ruido que el que cada uno de ellos hacia al pisar las hojas, hasta que estuvieron á cincuenta pasos de distancia el uno del otro: entonces Pedro Labriche abrió un libro de memorias, sacó un lapicero y escribió en la primera hoja con mano trémula las siguientes palabras:

«Hija de mi corazón: De aquí á ocho dias debo pagar sesenta mil francos: mis acreedores se apiadarán de tí mas que de mí, y cuando te vea sola en el mundo nuestro joven amigo Luciano Fougere, no tendrá valor para faltar á su amor y á su palabra. El se casará contigo. Yo, hija mia, solo he hecho el bien sobre la tierra y voy á morir deshonrado; si, deshonrado, porque en la situación en que me veo la pobreza es el deshonro: solo me resta abrazarte desde lejos... ¡y morir! ¡Adios, hija mia, adios para siempre!»

El señor de Forbin por su parte escribió en su álbum lo siguiente:

«He abusado de todo por divertirme, y he hecho el mal por encontrar distracción. He sido infiel á las mujeres que mayormente he querido, he engañado á mis mejores amigos y he maltratado á los infelices que me necesitaban; mas la perfidia y el egoismo no me han hecho venturoso, y la riqueza solo ha servido para hacerme cada vez mas rico; por lo tanto solo he logrado hasta ahora fastidiarme, me fastidio aun, y tal vez me fastidiaré siempre en este mundo; por eso voy á ahorcarme ahora mismo, á fin de ver si puedo ser mas feliz en el otro.»

Hecho esto, el señor de Forbin arrojó una cuerda sobre un árbol, y Pedro Labriche se dispuso á suicidarse. El baron empezó á murmurar una canción licenciosa, se alzó sobre la punta de sus piés, y metió el cuello en el nudo corredizo de la cuerda; el pobre negociante murmuró una humilde plegaria, pidió á Dios perdon por lo que iba á ejecutar, se enjugó las lágrimas que le arrancaba la memoria de su hija, y puso el cuello en el nudo que había hecho con su corbata: pero ¡oh prodigio! los dos se miraron por la primera vez, tuvieron miedo el uno del otro, y un misterioso arcano encadenó sus piés á la tierra que estaban próximos á abandonar. El señor de Forbin empezó á reír estrepitosamente; Pedro Labriche comenzó á llorar enternecido. Mas de un minuto permanecieron callados, despues del cual deshaciéndose el uno de la cuerda y el otro de la corbata, se miraron atónitos mutuamente sin desplegar sus labios, como si los hubiesen despertado de pronto en medio de las angustias de un sueño terrible, y el aspecto de un vivo les inspiró el terror de la muerte.

El señor de Forbin se acercó á su compañero de infortunio, y le dijo poniendo la cuerda dentro de su zurroncillo de caza:

— ¿Me parece, señor mio, que queriais ahorcaros? Y Pedro Labriche le contestó:

— Tambien me parece á mí que me habeis ofrecido el espectáculo de un hombre medio ahorcado.

— ¡Lléveos el diablo! Vos me habeis impedido lograr mi objeto.

— ¿Y vos no me habeis quizá estorbado el morir? Estamos pagados.

— No, señor, no estamos pagados, porque el bosque es mio, yo estoy en mi casa, y vuestra presencia en este lugar es verdaderamente intempestiva. ¡Id á ahorcaros á otra parte!

— Está bien; voy á complaceros.

— No, no; escuchad antes una palabra: ¿os es sensible el desprenderos de la vida?

— Sí... ¿Y á vos?

— Me es indiferente.

— Pues bien; ¡yo necesito morir! nosotros debemos abandonar la existencia el uno cerca del otro.

— No decis mal.

— Vamos á ejecutarlo ahora mismo.

— ¿Porqué no?

— Disponed vuestra cuerda, mientras yo dispongo mi corbata.

— Como querais.

— Hasta mas ver, señor mio.

— ¿Y dónde volveremos á encontrarnos?

— ¡En un mundo mejor!

— ¡Ah! sí, decis muy bien.

El baron estrechó la mano de Pedro Labriche y se dirigió al árbol en que debía consumarse el suplicio de un caballero fastidiado de la vida; pero antes de llegar á él se sintió algun tanto arrepentido, y respetando la voz de su conciencia, se dignó volver atrás... por compasión hacia su infeliz compañero.

— Señor, le dijo sentándose al pié de un árbol sobre la verde alfombra de yerba, yo no he amado jamás á nadie, y me he burlado siempre de los pobres que padecían en mi presencia; pero esta mañana, por una cosa que no me puedo explicar, me siento conmovido con las desventuras de un desgraciado... Un caso no hace ley, cierto, pero ayer no me hubiera curado de informarme de la verdadera causa de vuestra desesperación, y hoy... ¡parece imposible! querría saber quién sois, lo que habeis hecho, cuáles son los infortunios que os abaten, y finalmente, porqué deseais tanto morir. ¿Tendreis la bondad de tomarme por confidente?... Dejad en su sitio vuestra corbata, y ved que yo, hablandoo, no pienso mas en mi cuerda: decidme, ¿cual es vuestro nombre?

— Pedro Labriche.

— ¿Y vuestro estado?

— Negociante, en Ruffec.

— ¿Teneis familia?

— Una hija solo... ¡mi querida Luisa!

— ¿Y cual es la edad de vuestra Luisa?

— Diez y ocho años, señor.

— ¿Imaginó que será buena, bella y virtuosa?

— ¡Una belleza perfecta, una virtud ejemplar!

— ¡Dios os ha concedido un tesoro, desgraciado!...

¿Y vos pensais en morir, por falta de un poco de dinero tal vez?

— ¡Por falta de un poco de honor! Leed.

Pedro Labriche abrió su libro de memorias, y el baron empezó á leer con voz conmovida el último adios que el negociante había dirigido á su desgraciada hija.

— ¿Quién es este joven, este Luciano Fougere? preguntó el señor de Forbin.

— Es un amigo que quiere casarse con mi Luisa.

— ¿Y vuestra hija lo ama?

— Lo estima.

— Eso es muy poco. Para una fea es alguna cosa estimar al marido; pero cuando una joven es bella y graciosa, no debe casarse sino con el hombre á quien ame.

— ¡Ah! ya le amará con el tiempo.

— ¿Quién os lo ha dicho?... Yo soy de opinion de que no lo amará nunca.

— Y ahora, vos, caballero, replicó Pedro Labriche; respondedme. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

— Con el baron de Forbin-Jonzac.

— ¿Con el señor baron de Forbin-Jonzac?

— Sí, con el mismo. Hacedme el favor de volver á sentaros, y dejad ese respeto que me mostrais por mi noble cuna y por mi riqueza. En el tribunal de Dios, que debe juzgarnos hoy, el noble y el plebeyo, el rico y el pobre, ¿se diferencian en algo?... Dentro de un cuarto de hora moriremos juntos; ¿no es cierto?... Pues bien, cuando nos hallamos tan cerca de la muerte, debe tener principio la igualdad.

— Señor, repuso titubeando Pedro Labriche; yo he respondido á todas las preguntas que habeis tenido la bondad de hacerme; ¿os dignareis responder á las que yo me tome la libertad de dirigiros?

— Con mucho gusto, y os doy facultades para ser curioso.

— ¿Vos sois un caballero de alta clase, un vástago de la antigua nobleza?

— Es cierto, señor Labriche.

— ¿Poseeis una fortuna considerable?

— ¡Pch! ¡soy un pobre millonario!

— ¿Teneis ingenio?

— Creo que sí.

— Elegantes modales y belleza...

— Me lo han dicho algunas veces...

— ¡Dios os ha concedido tales tesoros, desgraciado!... perdonad... ¿Dios os ha concedido tales tesoros, señor baron, y pensais en morir por falta de un poco de valor tal vez?

— ¡Por falta de un poco de felicidad! Leed.

El señor de Forbin-Jonzac abrió su álbum, y Pedro Labriche empezó á leer en alta voz las expresiones de saciedad que un dissipador endurecido había tenido la audacia de escribir á la faz de Dios y de los hombres.

— ¿Joven aun, bello, noble, dotado de ingenio y de riqueza, no sabeis hacer duradera vuestra dicha en este mundo? exclamó Pedro Labriche. ¡Ay de mí! ¿Qué habeis hecho de vuestra juventud, de vuestra belleza, de vuestro ingenio y de vuestra opulencia?

— Verdaderamente os confesaré que no he sabido sacar provecho ni de mi clase ni de mis riquezas, ni de mi audacia, ni finalmente, de nada de aquello que llamaban antiguamente mis buenas prendas. He abusado de mi belleza por hacer el adonis en las sociedades; de mi talento y de mi vivacidad por ser un insoportable hablador; de mi patrimonio, por haberme vuelto egoísta; de mi nombre, de la juventud y de la galantería, por ser á la vez el enamorado y el enemigo de todas las mujeres. Ahora, juzgad si no tengo razon para estar fastidiado de este mundo.

— ¿Mas porqué no tratais á lo menos de encontrar en un cambio de vuestras ideas, en las emociones que se derivan del alma, toda la alegría que habeis perdido y el grato placer de amar la vida?

— ¡Ay! Es demasiado tarde.

— El estudio, la ciencia, la poesía, ¿no tienen por



- | | | | |
|---|--|------------------------------|--|
| 1 Puebla. | 82 Río Atzac. | 166 San-Baltazar. | 332 San Pablo. |
| 2 Cerro de Loreto. | 83 Hacienda de Dolores. | 167 Atotonilco. | 333 Ayo Ingo. |
| 3 — de Guadalupe. | 84 Pueblo de San-Lucas. | 168 S.-Martin Texmelucan. | 334 Asalto. |
| 4 — de San-Juan. | 85 Hacienda de Idem. | 169 Puente de exmelucan. | 335 Tepeco. |
| 5 — de Amatlan. | 86 Mihuac. | 170 San-Salvador el Verde. | 336 Miquique. |
| 6 — de Las Navajas. | 87 Río Prieto. | 171 San-Matias. | 337 Vico. |
| 7 — del Temozuchil. | 88 Hda. de San-Bartolo. | 172 San-Antonio. | 338 Laguna de Chalco. |
| 8 — de Toluquepec. | 89 S.-Pedro Tlaltenango. | 173 Chancinco. | 339 Santa-Catarina. |
| 9 Hacienda de Alamos. | 90 Camino de Mexico a Puebla. | 174 San-Simon. | 340 Tlapisabua. |
| 10 — de Chachapa. | 91 Santa-Clara. | 175 Santa-Catarina. | 341 San-Isidro. |
| 11 Amozoc y camino para Veracruz. | 92 Nativitas. | 176 Rancho de la Luz. | 342 Los Reyes. |
| 12 Hda. de San-Sebastian. | 93 Santa-Ana Portales. | 177 S.-Cristobal Polaxtlá. | 343 Santazo. |
| 13 — de Manzanilla. | 94 Hda. de Santa-Agueda. | 178 Turco. | 344 Santa-Marta. |
| 14 — de San-José el Chico. | 95 — de Reyes. | 179 Hda. de Santa-Maria. | 345 Tenonaveo. |
| 15 Hacienda Benemérita. | 96 Santa-Inda Zacateco. | 180 San-Luis Coyocingo. | 346 Ixapalapa. |
| 16 Rancho de Oropeza. | 97 Santa-Catarina. | 181 Hacienda de S.-Mateo. | 347 Colhuacan. |
| 17 — de la Trinidad. | 98 Santo-Toribio. | 182 — de S.-Gerónimo. | 348 Tomatlán. |
| 18 — La Resurrección. | 99 Cerro de Tenaxote. | 183 Moyocingo. | 349 San-Lorenzo. |
| 19 Cerro de Manzanilla. | 100 Río Zahuapan. | 184 San-Bartolo. | 350 San-Nicolas. |
| 20 San-Aparicio. | 101 San-Lorenzo. | 185 Xanulatlán. | 351 Tlaltenango. |
| 21 Hda. de San-Isidro. | 102 Topyanco. | 186 Santa-Elena. | 352 Tlahuac. |
| 22 San-Miguel Catos. | 103 Molino de Idem y camino de Tlaxcala. | 187 S.-Miguel del Milazro. | 353 Ixayapan. |
| 23 San-Pablo del Monte. | 104 Teolocholo. | 188 Mihuac. | 354 Texahuico. |
| 24 Barranca Honda y falda de la Malinche. | 105 Xicoxtla. | 189 Hda. de S.-Juan Misco. | 355 San-Luis. |
| 25 Hacienda de Moratita. | 106 Atlapan. | 190 — de S.-Domingo. | 356 San-Gregorio. |
| 26 — Constantia. | 107 Tlaxcala. | 191 Santa-Anna de Arrina. | 357 Santa-Cruz. |
| 27 San-Geronimo. | 108 Coatlán. | 192 — de Abajo. | 358 Nativitas. |
| 28 San-Felipe. | 109 San-Pablo. | 193 Río Xopapan. | 359 Xochimilco. |
| 29 San-Pablo Xochimilhua. | 110 San-Dionisio. | 194 Mexilla. | 360 Laguna de Idem. |
| 30 Cerro Atitonda y de la Cruz. | 111 S.-Juan-Martin. | 195 Hacienda de Coapitla. | 361 Huijapam. |
| 31 Hda. de Sto-Domingo. | 112 Tochaque. | 196 — del Cura. | 362 San-Angel. |
| 32 Fabrica de papel. | 113 S.-Jose Piel-negras. | 197 Huixtociingo. | 363 Coahuacan. |
| 33 S.-Lorenzo Alcaucilla. | 114 Santiago Tetla. | 198 Munive. | 364 Lihumasco. |
| 34 Hda. de Cuaculoyá. | 115 San-J. del Rio. | 199 Hacienda de Chahuac. | 365 Mexico. |
| 35 Xosila. | 116 Alanguatepec. | 200 Inenastla. | 366 Chalpuhuc. |
| 36 Hda. de San-Isidro. | 117 Tlaxco. | 201 Calpan. | 367 Ixprovidencia. |
| 37 Saniorum. | 118 El Rosario. | 202 San-Benito. | 368 San-Andrés. |
| 38 Hacienda de Uranga. | 119 Hucochitla. | 203 San-Buenaventura. | 369 Meximochingo. |
| 39 San-Francisco Ocuilán. | 120 Chichahuapan. | 204 Tianguismanaco. | 370 San-Joacim. |
| 40 Cerro de la Uranga. | 121 Tecyuca. | 205 Atlix o. | 371 Icho de la Mgd. |
| 41 Coatlancingo. | 122 Quimintilla. | 206 Tejalaca. | 372 Ixtacalco. |
| 42 Coromango. | 123 San-Buenaventura. | 207 Ayocapan. | 373 San-Sebastian. |
| 43 Santa-Barbara. | 124 Zoltepec. | 208 Coyula. | 374 Los Reyes. |
| 44 — Bolula. | 125 Huehavis a. | 209 Volcan de Popocatepetl. | 375 Santa-Amalia. |
| 45 San-Andrés. | 126 Huehuitlan. | 210 S.-Nicolas de los Rehus. | 376 Piblo de la Mgd. |
| 46 Molino de San-Diego. | 127 Coatlaco. | 211 Volcan de Ixtaccubul. | 377 Penon de los Buos. |
| 47 Hacienda de Carcana. | 128 Tepellitaxco. | 212 Atlautlan. | 378 Mexico. |
| 48 Monopá. | 129 Huichochuca. | 213 Napanita. | 379 Mer. de las Huerc. |
| 49 Hda. de Santa-Cruz. | 130 Rancho de Buenavista. | 214 Chimalhuacan. | 380 S.-Antonio de Idem. |
| 50 — de Zavaleta. | 131 Almolya. | 215 Tepetitlan. | 381 Hda. de la Pata. |
| 51 Tlaxcalancingo. | 132 Ocotepc. | 216 Ozuilua. | 382 Guadalupe Hidalgo. |
| 52 Hda. de San-Martinillo. | 133 Rancho de San-Juan. | 217 Atempa. | 383 Zacateco. |
| 53 — de Mayorazgo. | 134 Apam. | 218 Guinguano. | 384 Santa-Clara. |
| 54 — de Gallinero. | 135 Bella vista. | 219 Atlixango. | 385 Tlapalque. |
| 55 Toluquecan. | 136 Camino para Toluquec. | 220 Xochitlapec. | 386 Camino del inter. |
| 56 Santo-Tomas. | 137 La Laguna. | 221 San-Pedro. | 387 Laguna de Texcoco. |
| 57 San-Pedro. | 138 Tepetates. | 222 Tlaxcanilla. | 388 Venta de Caprio y cam. de Pa buca. |
| 58 Tecoala. | 139 Acominalco. | 223 Amocameca. | 389 Lag. de S. Cristob. |
| 59 Huehuelan. | 140 Santa-Barbara. | 224 San-Andrés. | 390 Tecmacachico. |
| 60 Itepanlan. | 141 Rancho Maranon. | 225 Tlalmimilco. | 391 Catepec Chalco. |
| 61 Hda. de San-Bartolo. | 142 Malpais. | 226 Temamavita. | 392 Tepetitlan. |
| 62 — de Huerta. | 143 San-Lorenzo. | 227 Chiquiquaque. | 393 Ixtapalapa. |
| 63 — de San-Bartolo. | 144 San-Yeveya. | 228 Miraflores. | 394 San-Mateo. |
| 64 — de San-Diego. | 145 San-Antonio. | 229 Ferreria de S.-Rafael. | 395 San-Yeveya. |
| 65 — de Xilcingo. | 146 Chimalpa. | 230 San-Gregorio. | 396 Molino de Flores. |
| 66 — de Chapulco. | 147 Coahuapan. | 231 La Compania. | 397 Costinchan. |
| 67 Moyocingo. | 148 Rancho San-Miguel. | 232 La Compania. | 398 Tepetitlan. |
| 68 Cacaltepec. | 149 Cuercillos. | 233 Guadalupe. | 399 San-Yeveya. |
| 69 Acatepec. | 150 Calpulalpan. | 234 Ventorrillo. | 400 Chimalhuacan. |
| 70 Ocuacan. | 151 San-Cristobal. | 235 Río Frio. | 401 Xochiac. |
| 71 Chipiluc. | 152 Mazapa. | 236 Venta de Curdova. | 402 San-Agustin. |
| 72 Tonanztlá. | 153 La Venta. | 237 Venta nueva. | 403 Actipac. |
| 73 Cacahuaco. | 154 Go'eradora. | 238 Zoquiapa. | 404 Tecmacachico. |
| 74 Cerro de Zapotecas. | 155 Calera de Abajo. | 239 Atzacatlan. | 405 Catepec Chalco. |
| 75 S.-Gregorio Atompán. | 156 Naranamilpa. | 240 Buenavista. | 406 Tequisquiuhuat. |
| 76 Portezuelo cimero. | 157 San-Nicolas. | 241 San-Geronimo. | 407 Tepetitlan. |
| 77 Hda. de Sto-Domingo. | 158 Llanos de Apam. | 242 San-Matros. | 408 Ixtahuacan. |
| 78 — de San-Agustin. | 159 Huijapam. | 243 Xoautlaco. | 409 Toluquecan. |
| 79 Santa-Anna. | 160 Tepalcatepec. | 244 Ixtapalapa. | 410 San-Mateo. |
| 80 Santa-Isabel. | 161 San-Jorge. | 245 Acozque. | 411 San-Yeveya. |
| 81 San-Geronimo Tecuani-
pac. | 162 Santa-Justina. | 246 Ayotla. | 412 Oumba. |
| | 163 Ixtacuilco. | 247 Tlapacoyá. | 413 Papahuila. |
| | 164 San-Nicolas Tlaxeco. | 248 San-Lucas. | 414 San-Jacinto. |
| | 165 Molino de San-Juan. | 249 Chalco. | 415 Hda. de la Conde. |
| | | 250 San-Juan de Dios. | 416 — de la Ascen. |
| | | 251 Huixtociingo. | 417 Popotla. |

Panorama de Méjico á Puebla.

ventura ninguna ilusion con que alegraros el corazon y la mente?

— ¡Pch! leer, estudiar, entretenerme con las grandes obras de los sabios y de los poetas, ¿para qué me sirve?

— ¿Y las grandes, las nobles acciones no pueden llenaros de orgullo?

— Ellas son humo y viento ante la moda presente. Ahora no estamos obligados a otra cosa que a montar bien a caballo, a llevar alta la cabeza, a manejar la espada ó la pistola, a herir el honor de las mujeres, y a burlarnos de los maridos... ¿cuando podemos!

— ¿De modo que no hay para vos medio alguno de sustituir útiles ocupaciones a aquellos pasatiempos sin fin alguno, a aquellos placeres tan degradantes que amargan la vida con su fastidiosa frivolidad?... Señor de Forbin, la ambicion, los grandes hechos, la gloria, ¿no son nada para un caballero?

— Son demasiado para mí, señor Labriche... y renunció a ellos.

— Pues entonces, tomad vuestra cuerda, y aprestémonos a morir juntos. A mí no me resta mas que suicidarme, porque soy muy desgraciado, y a vos no os queda otro recurso que ahorcaros, porque sois demasiado feliz.

Un ligero rumor vino a interrumpirlos, y a poco se dejaron oír en la espesura los pasos de algunas personas que se acercaban, y que ora reian, ora hablaban misteriosamente. El señor de Forbin y Pedro Labriche permanecieron silenciosos un instante, despues del cual vieron aparecer a su vista a un jóven acompañado de una graciosa muchacha, la cual corrió llena de alegría a abrazar a su padre: esta era Luisa, la hija del desgraciado negociante de Ruffec. Pedro Labriche tenia razon. Su querida Luisa era verdaderamente una maravilla de sencillez, de gracia y de belleza. Es cierto que no llevaba ricos adornos, ni se habia peinado con estudio; pero en cambio tenia un traje adaptado al sitio en que se encontraban, el cual hacia de la hermosa jóven de la ciudad una tímida pastorella. Llevaba un sombrero de paja adornado de una cinta color de fuego, y al verla tan jóven, tan hermosa y delicada, derramando inocencia de los ojos (si se nos permite esta expresion), con la sonrisa en los labios, con la frente ceñida de una aureola que acaso no era mas que un brillante rayo del sol, la imaginacion se trasportaba, y creia ver en ella la amable heroína de alguna novela pastoril, diciéndose sin abrir la boca, mas con el corazon de Nemorino: « ¡Estela, cándida virgen, yo te saludo y te amo! »

— Luisa, mi querida Luisa, le dijo Pedro Labriche, ¿a qué has venido a este bosque?

— Porque os buscaba, padre mio, de bracero con el señor Luciano, que quiere pasar el dia en el campo con nosotros... Mas ¿dónde habeis dejado vuestra escopeta?

— Yo no he traído escopeta alguna.

— Pues si decian en casa que habiais madrugado para cazar pájaros en los bosques de Marsieu y de Jonzac...

Pedro Labriche estrechó la mano que le presentó Luciano Fougere; el señor de Forbin hizo un respetuoso saludo a la jóven, y Luisa le correspondió ruborizándose, con la mas graciosa reverencia del mundo.

El pobre negociante de Ruffec se acercó al baron, que continuaba contemplando el rostro de la hermosa jóven, y empezó a hablarle en voz baja sin curarse de su hija. Ella entre tanto habia abierto el libro de memorias de su padre, juzgándolo olvidado por alguno al pié del árbol. Al instante echó una ojeada sobre la página en que Labriche la habia consagrado su último pensamiento, y luego que la hubo leído dió un grito terrible y vaciló un momento como si se hallase herida de un rayo. Despues miró pausadamente, a uno despues del otro, a Pedro Labriche, Luciano Fougere y el señor de Forbin-Jonzac, se arrodilló sobre la yerba, se hizo el signo de la cruz, cruzó las manos, inclinó la cabeza tristemente, y oró en medio de un solemne y religioso silencio. Todo el tiempo que duró la plegaria de Luisa se hubiera dicho que los tres testigos de aquel acto inspirado por la religion, rogaban tambien al cielo por boca de la inocente doncella.

Luisa arrancó del libro de memorias con mano trémula aquella página maldecida, y queriendo obrar bien y segun las inspiraciones de su conciencia, mostró a su futuro marido, a Luciano, una prueba que atestiguaba sobradamente la ruina y la desolacion de su padre. Semejante confianza inspiró quizá a su novio un poco mas de terror mal encubierto que de tristeza profundamente sentida, y él fingió entregarse a sus meditaciones para tener el derecho de callar.

El señor de Forbin alzó con dulce violencia a la jóven, que habia permanecido arrodillada, y Pedro Labriche exclamó:

— ¡Hija mia, mi querida Luisa, perdóname!... Sí, yo he desesperado de los hombres y de Dios; sí, yo he deplorado nuestra perdida riqueza, he temblado ante el espectáculo de una vida deshonorada... ¡y he querido morir!

— Callad, callad, murmuró la jóven poniendo su hermosa mano sobre la boca de su padre: ¡el cielo ha tenido piedad de vuestra alma! ¡Ah! ¡vos vivis aun! ¡Yo os vuelvo a ver, os abrazo, y puedo besar vuestra frente!... Estoy tan turbada, tan conmovida... tiemblo en vuestros brazos, padre mio, y lloro... ¡no sé por qué! mas estad tranquilo: ¡yo viviré siempre para consolaros, para amaros, y seré feliz tan solamente con vos!

— ¡Debemos tener hoy un bello dia! repitió dos ó tres veces el señor de Forbin con los ojos vueltos hacia el

sol, cuyos rayos comenzaban ya a dorar las copas de los árboles.

— Sentémonos, Luciano, repuso Pedro Labriche; voy a haceros la narracion de mis desastres, de mi crédito vacilante, de mi ruina y de mi deshonor...

— Señor Labriche, le dijo el baren de Forbin-Jonzac, permitid que yo me considere miembro de vuestro consejo de familia.

Por mostrarse verdaderamente hombre honrado en sus relaciones de interés con Luciano, con aquel que debia llamarse su yerno dentro de poco, Pedro Labriche explicó todas las particularidades de su desgracia, desconocida aun en la ciudad de Ruffec, y parecia casi que él pidiese gracia y sacase argumentos de su infortunio para proponer algun ligero cambio en el contrato nupcial de su hija. Pero ¿quién lo hubiera creído? Un amante de veinte y cinco años osó rehusar con hipócrita turbacion las razonables ofertas de Pedro Labriche, manifestando la estúpida y poco generosa exigencia de querer a todo evento la dote estipulada en el contrato, y demostrando un cariño muy entrañable... a los francos, los luises y los escudos; de tal modo, que el señor de Forbin-Jonzac se levantó de su sitio, y acercándose a aquel traficante de amor, le dijo con voz terrible:

— ¡Con mil demonios! Me parece, señor Fougere, que teneis la audacia de juzgar que es algun mercado la mano de esta señorita.

— Caballero, respondió Luciano, yo creo que el matrimonio es en primer lugar un negocio, y me conviene tratarlo todo lo mas ventajosamente que me sea posible.

— ¡Sea! gritó Pedro Labriche; mas os advierto, señor mio, que la merced porque tratábamos ni se compra ni se vende... Idos.

— Me voy pues; murmuró Luciano en medio de su turbacion.

Y en el mismo instante el señor Forbin-Jonzac se adelantó hacia él; pero Luisa lo detuvo prontamente con estas palabras de desprecio y de indignacion que se dirigian al señor Fougere:

— ¡Dejadlo! él no es digno ni de vuestra cólera ni de la mia... dejadlo partir... ¡yo ni lo amo, ni lo he amado jamás!

— ¿Qué decís, señor baron? preguntó el desventurado Pedro Labriche.

— Ahora os responderé, hablando a vuestra graciosa hija: — Luisa, yo tengo treinta y ocho años, un nombre esclarecido, una buena salud y mucha riqueza: las mujeres han elogiado a menudo las prendas de mi persona; mis enemigos no han dudado jamás de mi valor, y mis amigos se han aventurado muchas veces a hacer el elogio de mi ingenio. Luisa, hasta ahora me he fastidiado haciendo el mal, acaso encontraré placer haciendo el bien, y os suplico que me ayudeis a esta obra... ¡Ah! me olvidaba: yo merezco tambien vuestra estimacion, y tengo el derecho de que me deis vuestra mano para toda la vida; porque el caballero que desea ser vuestro esposo, ha tenido la fortuna de salvar a vuestro padre.

— ¿Con que vos sois el salvador de mi padre?

— Seguramente: ¿no es verdad, mi querido Labriche? Sin mí, os hubierais ahogado de fijo esta mañana.

— No lo niego... mas a decir verdad entre nosotros, señor baron, si no hubiera sido por mí, tal vez estariais ya en el otro mundo.

— Pues bien; puesto que el cielo no ha querido permitir que muramos juntos, ¡vivamos siempre el uno cerca del otro!... ¿Callais, amigo mio?... No, no abrais la boca, mi querida Luisa; dicen que quien calla otorga, y yo espero que no desplegaréis vuestros labios.

Una hora despues en medio del bosque y mientras se examinaba con sus nuevos amigos a casa de Pedro Labriche, el baron tuvo la audacia (acordándose de la vulgar galanteria de sus antiguas costumbres) de dar un beso a Luisa sin ceremonia; pero la jóven le dijo en voz baja, mas con una ingenuidad sin igual:

— ¿No habeis oído a mi padre, señor baron? Nosotros no somos ricos, yo no puedo llevaros nada en dote, y si me quitais de las megillas la única cosa que puedo aun ofrecer os cuando me case... ¿qué os daré el dia de nuestro matrimonio?

Estas sencillas y deliciosas palabras conmovieron el corazon endurecido del señor de Forbin. Pero aquel beso que él imprimió en el rostro de la inocente Luisa fué la última llamarada del antiguo galanteador, y el apasionado caballero no volvió a besar mas a la jóven, hasta el dia feliz en que se unió con ella para siempre.

T. P. M. C.

Los últimos cuentos de Edgardo Poe.

Las obras de Poe, traducidas hoy en todas las lenguas, han merecido una aceptacion general, tanto entre los que buscan en la lectura un simple entretenimiento ó una emocion pasajera, como entre aquellos que quieren elevar su alma a horizontes impenetrables para el vulgo. Varios son los volúmenes de este autor que tenemos a la vista, y por lo mismo la eleccion entre tanto bueno es cosa fácil. Vamos pues a ofrecer a los lectores del *Correo de Ultramar* una coleccion de cuentos, notable por la diversidad de asuntos que abraza: cuadros románticos, escenas de costumbres, estudios de aber-

raciones mentales, dulces expansiones del verdadero amor, arrebatos de la pasion, comedia y drama, hé ahí los principales elementos de que se componen estos cuentos maravillosos, sobre cuyas bellezas nada queremos anticipar aqui, dejando de intento al lector el cuidado de juzgar una obra de esta clase, que tan poderosamente se recomienda a si misma desde las primeras páginas.

I.

LA CITA.

Attends-moi là. Je ne manquera pas de te rejoindre dans ce creux vallon.

HERY KING, obispo de Chichester.

¡Ser misterioso y consagrado a la desgracia, turbado por el brillo de tu imaginacion; has perecido en las llamas de tu propia juventud! Mi memoria evoca tu imagen; te alzas aun ante mí; ¡pero ay! no lo haces como estás en el sombrío y frío valle de la muerte, sino tal como *deberias estar*, malgastando una existencia de espléndidas ilusiones, en una ciudad de aéreas visiones, en tu Venecia amada, en aquel paraíso marítimo, desde cuyas ventanas se contemplan con sentimiento amargo y profundo los misterios de las silenciosas ondas. Si, lo repito, tal como *deberias estar*. Así es en efecto: existen otros mundos que este en que vivimos, otros pensamientos que los de la multitud, otros ensueños que los de los sofistas. ¿Quién se permitirá censurar tu conducta? ¿Quién se atreverá a criticar tus horas de alucinacion, ó tratar de separar de la vida esas locuras en que gastas tu energia superabundante é indómita?

En Venecia y bajo la galeria cubierta que se llama *Puente de los Suspiros*, fué donde encontré por la tercera ó cuarta vez al personaje de que acabo de hablar. Conservo un vago recuerdo de los pormenores de aquel encuentro... ¡Sí, los recuerdo! ¿Cómo habria podido olvidarlos? La oscuridad profunda, el puente de los Suspiros, la belleza de las mujeres, el genio de las aventuras paseándose de uno a otro extremo a lo largo del estrecho canal!

La noche era una de las mas oscuras. El gran reloj de la plaza habia dado la quinta hora de la noche italiana. La plaza Campanila estaba desierta y silenciosa; las luces del antiguo palacio se apagaban una a una. Volviendo de la Piazzetta entré en mi casa por el Gran Canal; pero en el momento en que llegó mi góndola al frente de la entrada del canal de San Marcos, resonó súbitamente una voz de mujer en medio de la calma nocturna, turbando esta con un grito salvaje, histérico y prolongado. Espantado por aquel grito funebre, me puse de pié, mientras mi gondolero soltaba el único remo que tenia y que no pudo volver a encontrar en la oscuridad. Tuvimos entonces que dejarnos ir por la corriente, que se dirige, como es sabido, del Pequeño al Gran Canal. La góndola avanzaba lentamente hacia el puente de los Suspiros, como un inmenso condor de plumaje de ébano, cuando vimos flamear en las ventanas y escalinata del palacio ducal una multitud de antorchas que vinieron a trasformar instantáneamente la oscuridad en una claridad livida casi sobrenatural.

Acababa de caer de una de las ventanas superiores del elevado edificio un niño desprendiéndose de los brazos de su madre, sumergiéndose en el sombrío y oscuro canal. La pérfida onda se habia cerrado tranquilamente sobre la víctima. Como mi góndola era la única que bogaba, mas de un robusto nadador luchaba ya con la corriente, buscando vanamente en su superficie el tesoro que no debia encontrar sino en el fondo del abismo. En los anchos escalones de mármol negro que conducen al palacio y a poca distancia del nivel del agua, se hallaba una mujer, de la que se acuerdan todavia cuantos la vieron. Era la marquesa Afrodita, objeto de adoracion en Venecia, la mas alegre de las juguetonas hijas del Adriático, la mas bella de las que se crian bajo aquel cielo donde todas son encantadoras, la jóven esposa del anciano y opulento Mentoni y madre del hermoso niño (primera y única esperanza) que sepultado bajo aquellas turbias aguas, piensa angustiado en las dulces caricias maternales y agota su débil existencia en vanos esfuerzos para invocar un nombre querido.

Permanece aislada en medio de los grupos formados a la entrada del palacio. Sus pequeños piés descalzos y argentinos se reflejan en el espejo de mármol negro de la gradería. Sus cabellos medio descompuestos por la agitacion de un baile que acababa de abandonar y en los que brillan todavia multitud de diamantes, se arrollan y rodean al rededor de su cabeza clásica, formando bucles de un negro azulado que imitan los reflejos del jacinto.

Un traje blanco como la nieve, ligero como la gasa, cubre tan solo su cuerpo delicado; pero ni un soplo viene a animar la pesada atmósfera de aquella cálida noche de estio, ni a agitar los pliegues del vestido vaporoso que la rodea, como a la Niove antigua su traje de mármol. Sin embargo — ¡fascinacion extraña! — los grandes ojos luminosos de la marquesa no se bajan a mirar la tumba que acaba de tragar a su esperanza mas querida: están fijos en otra direccion. La torre del Homenaje de la antigua república, convengo en que es el monumento mas notable de Venecia; ¿porqué la noble dama se obstina en contemplarle de aquel modo, cuando a pocos piés debajo de ella su hijo muere asfixiado? Aquel sombrío fondo se destaca precisamente enfrente

de la ventana de su cuarto: ¿qué puede mirar en la sombra, en la arquitectura, en las antiguas cornisas cubiertas de yedra de aquel monumento, que no haya ya admirado un millon de veces? ¡Bah! ¿No sabemos que en semejantes momentos el ojo humano parecido a un espejo roto, multiplica las imágenes del dolor y contempla en harto lejana parte la causa de una angustia presente?

A unos diez pasos mas atrás de los escalones en que está la marquesa y debajo de la bóveda de entrada, se descubre al viejo Mentoni. Está en traje de baile y tiene en la mano una guitarra, a la que hace dar de cuando en cuando algunas notas, pareciendo temer enojarse, mientras manda a las gentes busquen medios de salvar a su hijo.

Yo permanecía de pié en mi barca, no repuesto aun de mi sorpresa, y a los ojos de aquellos grupos agitados, debí parecer un espectro ó una aparición de mal agüero, cuando pálido é inmóvil pasé por delante de ellos en mi góndola funeraria.

Todas las tentativas fueron inútiles. Los buzos mas atrevidos parecían desconfiar de sus esfuerzos y abandonarse a un triste desaliento. Quedaba poquísima esperanza de salvar al niño (y a la madre ¿quién la salvaría?) Pero hé aquí que de repente se ve salir de la sombra de aquel fondo situado enfrente de las ventanas de la marquesa y lindante a la antigua prision republicana, a un hombre envuelto en una capa, que despues de haberse mostrado un instante a la luz de las antorchas, en el borde vertiginoso de la bajada, se precipita de cabeza en el canal. No habian pasado mas que algunos minutos, cuando se le vió en los escalones de mármol al lado de la marquesa, llevando en sus brazos al niño que respiraba aun. Cuando el desconocido se quitó la capa chorreando agua, cayó a sus piés y descubrió a los ojos de los sorprendidos espectadores la graciosa figura de un jóven, cuyo nombre se habia hecho célebre en la mayor parte de las comarcas europeas.

No pronunció una sola palabra. ¡Pero y la marquesa! ¿Cogió precipitadamente a su hijo, le estrechó contra su seno, apretó aquel tierno cuerpo y le sofocó con sus caricias? Error. Los brazos de otra han recibido la preciosa carga, otra le lleva a lo interior del palacio sin que la madre se aperciba de ello. Observad a la marquesa. Ved cómo tiemblan sus labios, sus labios adorables; lágrimas se agrupan a sus ojos, aquellos ojos, que como el acanto de Plinio, son « dulces y casi líquidos. » Si, son verdaderas lágrimas. ¡Mirad, la mujer se estremece de piés a cabeza; la estatua respira por fin! Aquel rostro marmóreo, aquel pecho de alabastro, aquellos piés de sorprendente blancura, se ven animarse repentinamente a impulso de un rubor involuntario que los inunda como una ola. Un ligero escalofrio corre por su cuerpo delicado, semejante a los hermosos lirios argentinos que agita entre la yerba la dulce brisa del clima napolitano.

¿Porqué se ruboriza de aquella suerte la dama? Esta pregunta debe quedar sin respuesta. Quizá haya echado de ver que en la precipitación de su terror materno se ha olvidado al dejar su habitacion, de aprisionar sus diminutos piés en sus zapatillas, y cubrir sus hombros venecianos con el ropaje que deberia cubrirlos. ¿Qué otro motivo habria podido causar su sonrojo, aquella mirada a zorada y suplicante, las inusitadas palpitaciones de su delicado seno, la presion convulsiva de su mano al encontrarse casualmente con la del extraño, cuando el viejo Mentoni subia perezosamente al palacio? ¿cómo explicar de otra manera el tono comprimido de la exclamacion incomprensible que la noble dama soltó? Apenas llegaron sus palabras a mi oido, pero en vez de dar gracias a quien acababa de salvar su hijo:

— Has vencido, murmuró (al menos que el ruido del agua no me impidiese oír bien), ¡has vencido! ¡Una hora despues de salir el sol acudiré a la cita!

El tumulto se apaciguó. Las luces se apagaron en las ventanas del palacio ducal. El desconocido, a quien acababa de reconocer, quedó solo en la escalinata. Presa de una agitacion inconcebible, temblaba buscando en torno suyo alguna barca; yo no pude menos de poner la mia a su disposicion, y aceptó mi oferta. Mi batelero se habia procurado otro palo de virar en el embarcadero de las góndolas, y nos dirigimos hácia la morada del jóven, que no tardó en recobrar su sangre fria, y habló con aparente cordialidad de nuestras pasadas relaciones.

Hay sugetos que me complazco en describir minuciosamente. La persona desconocida — permitaseme designar así a un hombre cuya existencia era tan ignorada — es una como tantas otras.

Su estatura era algo menos que mediana, si bien en ciertos momentos de pasion pareciese dilatarse literalmente hablando y dar un mentis a la realidad. La esbelta simetría de su persona, mas anuncia la actividad de que acababa de dar ejemplo, que la fuerza hercúlea que le habia visto desplegar sin esfuerzo de ninguna clase, en otra ocasion mas peligrosa. Parecia su boca la de un dios, eran sus ojos grandes y rasgados de un brillo húmedo, y de un color que variaba desde el moreno-avellana al negro de azabache; su mirada casi salvaje, todas sus facciones, en fin, de una regularidad casi tan clasica como las del busto del emperador Comodo. Esto no obstante, su fisonomía era una de esas que se encuentran en cualquier época de la vida y que no se vuelven a ver; carecia de expresion estereotípica ó dominante que pudiera fijarse a la memoria: era en suma, uno de esos rostros que se olvidan así que se ven, y que sin embargo, se siente vago y continuo deseo de recordar, no porque cada rápida pasion dejase nunca de reflejarse distintamente en aquellas facciones como en

un espejo, sino porque este espejo vivo era tan impotente como los otros para conservar la menor huella de la pasion desaparecida.

Al separarnos la noche de la aventura en cuestion, me suplicó con una insistencia que no dejó de extrañarme, fuese a verle al otro dia muy temprano. Poco despues de salir el sol me fui a su palacio, vasto edificio de esplendor sombrío, pero fantástico como todos los que dominan el Gran-Canal en las cercanías del Rialto. Se me condujo por una ancha escalera de caracol, de escalones de mosaico, hasta un salon cuya incomparable magnificencia me deslumbró desde el momento que pasé el dintel.

Yo sabia que mi huésped era rico. La fama hablaba de su familia en términos que mi ignorancia la habia calificado siempre de ridícula exageracion. Pero apenas hubé echado una mirada en torno mio, me admiré se hallase en Europa un hombre bastante opulento para realizar el sueño de régia magnificencia que brillaba y deslumbraba al rededor mio.

Aun cuando el sol habia ya salido, el salon se hallaba todavia brillantemente iluminado. Esta circunstancia, unida al cansancio impreso en el rostro de mi amigo, me dió a entender que no se habia acostado desde la vispera.

La arquitectura y los adornos del salon manifestaban evidentemente un deseo de maravillar y deslumbrar al espectador. Difícil era abarcar el decorado en su conjunto, no habiéndose tratado de dar a aquel departamento un color local cualquiera. La vista iba de un objeto a otro sin detenerse en ninguno — ni en las grotescas pinturas de los griegos, ni en las obras de los escultores italianos de la buena época. Ricas tapicerías se movian por todas partes a las vibraciones de una música invisible, dulce y triste. Yo me sentí oprimido por una mezcla de perfumes que exhalaban en el salon pebetesos de raras formas, de los que brotaban al mismo tiempo lenguas de una llama azul ó verde, que tan pronto flameaba como vacilaba. Los rayos del sol saliente penetraban en aquella sala al través de ventanas formadas de un solo vidrio carmesí, y su luz reflejada de mil modos en las cortinas que caian de las cornisas a manera de catarata de plata fundida, se mezclaba caprichosamente a la de aquel dia artificial, iluminando pálidamente un rico tapiz de tisú de oro que brillaba como una cascada de agua.

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! dijo mi huésped despues de haberme indicado una silla, echándose con indolencia sobre un confidente y observado que me chocaba la singularidad de su recibimiento; veo que mi habitacion, mis estatuas, mis cuadros, la originalidad de mis ideas en punto a arquitectura y mobiliario os asombran. Estais embriagado — ¿no es verdad? de tanta magnificencia. Perdonadme, amigo mio (aquí su tono de voz bajó muchas notas y respiró la mas franca cordialidad). y perdonadme mi hilaridad poco caritativa. ¡Pero os manifestais completamente aturdido! Por otra parte, hay cosas tan absurdas, que es preciso reírse uno de ellas para no morir de asombro. Morir riendo debe ser la muerte mas dichosa de todas. Sir Thomas Morus, hombre altanero, se murió de risa. Y en los *Absurdos* de Ravisius Textor se halla tambien una lista bastante larga de las personas originales que han tenido tan admirable fin. Tambien sabreis, continuó en un tono meditabundo, que en Esparta, llamada hoy Paleochori, se ha descubierto al Oeste de la ciudadela entre un monton de ruinas apenas visibles, una especie de pedestal en el cual se distinguen las letras griegas que representan indudablemente la terminacion truncada de la palabra reír. Ahora bien, sabido es que en Esparta habia mil templos y altares dedicados a otras tantas divinidades. ¿No es raro que haya sobrevivido únicamente el altar de la Risa? Pero en la actualidad, prosiguió con un marcado cambio de entonacion y de ademán, haria mal en divertirme a vuestra costa, porque indudablemente no me extraña os maravilleis. Europa no podria producir nada capaz de compararse a este salon. Mis demás habitaciones en nada se parecen a esta; representan simplemente el *non plus ultra* de la insipidez fashionable. Esto vale mas que la moda, ¿no os parece así? y sin embargo, me bastaria enseñar este salon para que hiciese furor, al menos entre aquellos que quisieran imitarme, aun a costa de todo un patrimonio. Pero me he guardado muy bien de cometer semejante profanacion, exceptuando solo vuestra persona y un criado a quien ha sido dado únicamente contemplar los misterios de este recinto imperial, desde que se le ha adornado de este modo.

Yo me incliné para darle gracias. El brillante esplendor del salon, la música, los perfumes, la inesperada excentricidad de la acogida y continente de mi huésped, me habian admirado demasiado para permitirme expresar verbalmente cuánto apreciaba una excepcion que podia considerar como un cumplido.

— Hé aquí, continuó levantandose para tomar mi brazo y pasear por el salon, aquí hay cuadros de todos los tiempos, desde los griegos hasta Cimabue, y desde este hasta nuestros dias. Como observareis, muchos de estos lienzos han sido elegidos sin tener en cuenta la opinion de los peritos; pero esto no obstante, todos forman una tapicería conveniente para una sala como esta. Aquí teneis bocetos de artistas célebres en su tiempo, cuyos nombres abandonó al olvido y a mí la perspicacia de las academias. ¿Qué me decis, continuó volviéndose bruscamente de esa *Madonna della Pietta*?

— Parece ser un Guido, exclamé con todo el entusiasmo de que era capaz, porque acababa de examinar atentamente aquel lienzo de belleza incomparable. ¡Un

verdadero Guido! ¿En dónde habeis podido procurárosle? ¡Esa Virgen es en pintura lo que la Venus en escultura!

— ¡Ah, si! replicó con tono pensativo, la Venus, la herbosa Venus de Médicis, ¿no es eso? ¿la Venus de cabecita pequeña y cabellos de oro? Una parte del brazo izquierdo (aquí bajó la voz hasta tal punto que me costó trabajo oírle) y todo el derecho son restauraciones, y a mis ojos, la postura coqueta de ese brazo derecho es la quinta esencia de la afectacion... ¡Habládmelo de Canova! Aquel Apolo es una copia, no cabe la menor duda... Por mas ciego que sea no puedo descubrir en qué consista la decantada inspiracion de esa obra que no puedo menos... compadecerme... de preferir el Antinoüs... ¿No es de Sócrates de quien se ha dicho que el escultor encontró su estatua hecha en la cantera de mármol? En ese caso, Miguel Angel no ha tenido mucha originalidad en este distico:

Non ha l' ottimo artista alcun concetto
Che un marino solo in se no circoscriva.

Se ha observado, ó en todos los casos habrá debido observarse, que todo el mundo sabe distinguir las maneras de un caballero de las de un patán, sin que nadie, en ninguna ocasion, haya podido definir en qué consiste la diferencia. Suponiendo que esta observacion pudiese aplicarse en todo su rigor a las maneras de mi huésped, conocí en aquella mañana memorable que podia aplicarse mas bien a su condicion moral y a su carácter. Tampoco sabia definir mejor cierta particularidad de su espíritu que parecia aislarle completamente de sus semejantes, sino llamándola habito de meditacion profunda y continua que acompañaba hasta a sus mas triviales acciones, no abandonándole ni aun en medio de la conversacion mas jovial, mezclándose a sus raptos de alegría como aquellas viboras que se ven salir enroscándose de los ojos de las mascarillas que sonrien en las cornisas de los templos de Persépolis.

Sin embargo, a pesar del tono medio burlon y medio solemne en que continuó hablando de diferentes cosas, no pude menos de observar varias veces, así en sus gestos como en su actitud, una especie de trepidacion, de *satisfaccion* nerviosa; una irritabilidad inquieta, que me parecieron sumamente extrañas al principio, y que en diversos momentos me causaron mucha alarma. Deteniase muy a menudo en medio de una frase, cuyas primeras palabras parecia haber olvidado, aparentando escuchar con profunda atencion, como si esperase otra visita ú oyese un ruido que no existia sino en su imaginacion.

Yo aproveché uno de estos momentos de extravío ó de distraccion aparente para pasar la vista por la primera tragedia nacional de Italia, por *Orfeo*, del poeta y sabio Poliziano, cuya obra admirable se hallaba tirada en un diván; me fijé en un punto señalado con lápiz. Era aquel pasaje que se halla hacia el fin del tercer acto, y que ningun hombre podrá leer sin experimentar una emocion extraña, ni ninguna mujer sin suspirar, aun cuando esté contaminada por la inmoralidad.

Toda la página estaba húmeda con lágrimas recientes, y en una hoja en blanco dejada en el libro, se leian unos versos manuscritos.

Aquellos versos estaban escritos en inglés, circunstancia que no me sorprendió, aun cuando hasta aquel momento creyese que mi huésped ignoraba aquella lengua. Sabia demasiado cual era la extension de sus conocimientos y el raro gusto que tenia en ocultarlos, para admirarme semejante descubrimiento. Confieso sin embargo que el punto en que estaban fechados los versos me causó no poca sorpresa. La palabra *Londres*, trazada al pié de la página, habia sido raspada con cuidado, pero no tanto que una mirada escrutadora no pudiera descifrarla. He dicho que experimenté alguna sorpresa, porque sabiendo que la marquesa Afrodita vivia en Inglaterra antes de su matrimonio, me ocurrió un dia la idea de preguntar a mi huésped si la habia encontrado en Londres, y me contestó que no habia estado nunca en aquella metrópoli; debiendo añadir de paso haber oido decir tambien, aunque no di crédito a aquel rumor poco probable, que mi interlocutor no tan solo habia nacido, sino que se habia educado en Inglaterra.

(Se continuará.)

Las dos perlas.

(Conclusion.)

— Y entonces ¿porqué ha rodeado a la princesa de personas que solo la hablan de la quebrantada salud del rey? ¿Porqué la ha dado por profesor de lengua alemana a ese Blomberg, pariente suyo, que ha osado hablar a S. A. de los derechos que le confiere el testamento del difunto rey en perjuicio de su hermana mayor?...

Luego que hubo dicho estas palabras, se oyó un ligero ruido en la galería, y levantando Don Juan los ojos, vió a diez pasos delante de él la infanta, la cual se adelantó y llegó a prosternarse a los piés de la reina, que se apresuró a levantarla.

— Señora, dijo besandola las manos, ¡que no dependa de mí el que se os dé nunca ningun disgusto!...

Volviéndose despues hácia Don Juan, le lanzó una mirada con lá que parecia desafiarse.

Entonces añadió éste sin alterarse:

— Su Alteza no debe hacer ningun caso de todas estas intrigas; sabe muy bien que no es en España donde



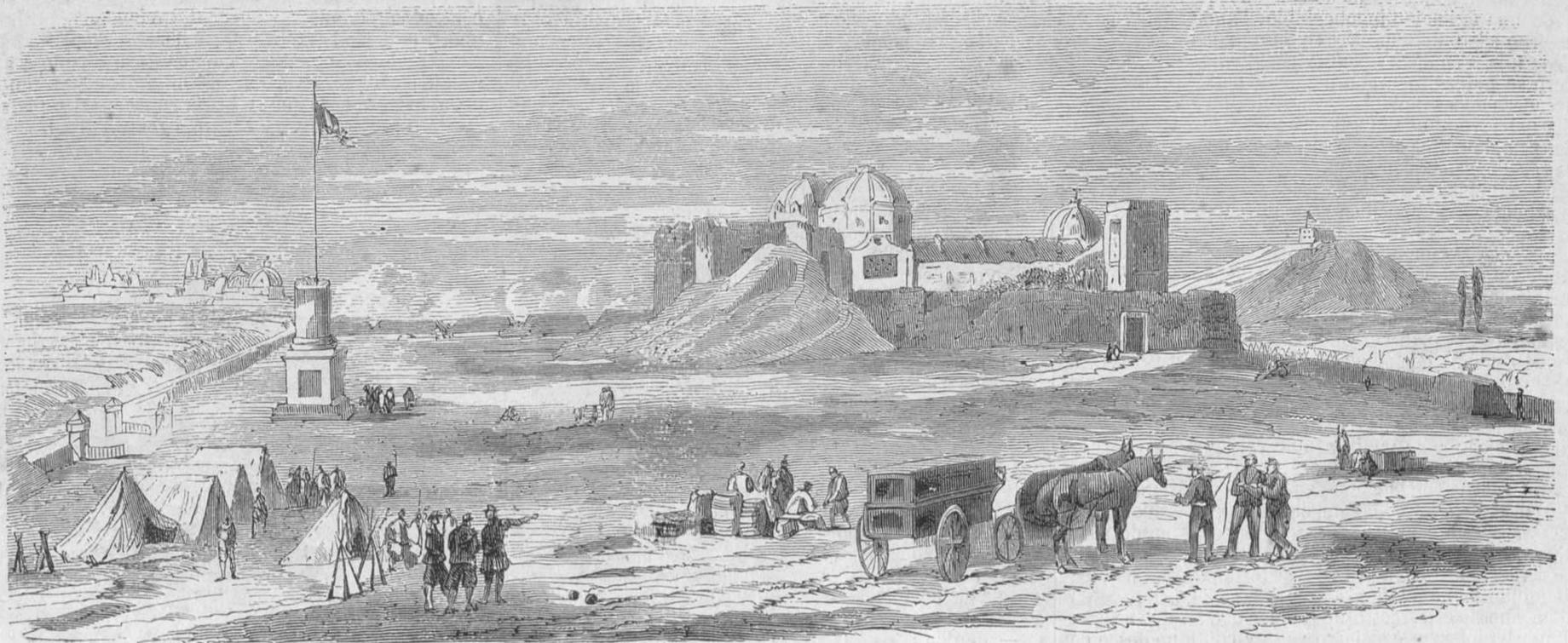
EXPEDICION A MEJICO. — Una calle de Puebla durante el sitio de las cuadras de casas.



Guardia de trincheras en las cuadras.



Casa de la cuadra número 26.



Interior del fuerte de Santa Anita. — (Véase el número anterior.)

SUCESOS CONTEMPORANEOS, caricaturas por Cham.



CESSION DE LAS ISLAS JONICAS. — ¿Con que tú siendo inglés haces regalos? — Una vez en mi vida he querido conocer esa emocion.



GUERRA DE AMERICA. — Los generales y los soldados americanos principiando á bostezar horriblemente al ver siempre lo mismo desde hace tres años. ¡Siempre batallas!



La guerra de América prometiendo hacer por fin el descubrimiento del movimiento continuo.



LAS EXPOSICIONES. — ¡Qué injusticia!... Dar fomento á los perros y no hacer nada por los gatos. — Eso clama al cielo, señora; solo nosotros los fondistas sabemos el partido que se puede sacar de los gatos.

(El ciego.) — Señora, es mi hijo que me sirve de guia ahora que he enviado mi perro á la exposicion de la raza canina.



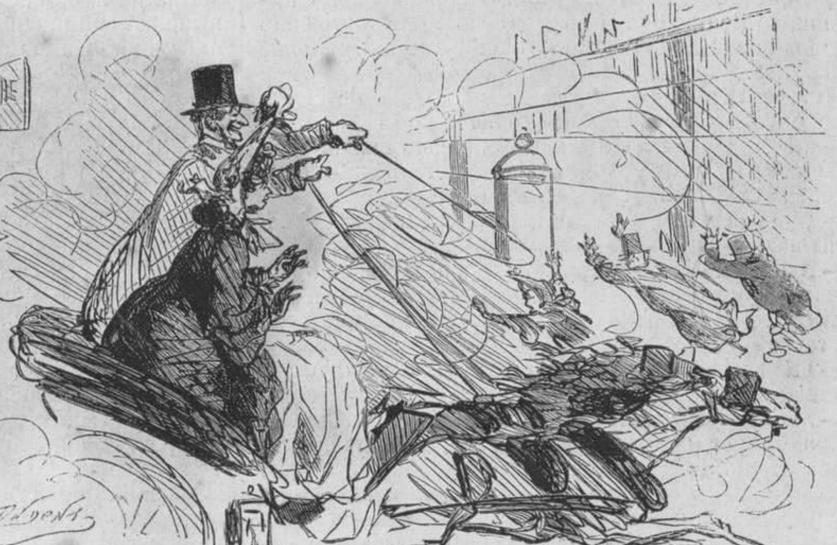
— Dejádme en paz; yo soy del jurado de pintura, y solo debo ocuparme de los pintores.
— Pero, señor, nosotros tenemos con ellos cuentas pendientes, y vuestras decisiones interesan á nuestros créditos.



LAS CARRERAS. — Voy á ir á ver las carreras con mi esposo, quien me las explicará, pues durante quince años ha sido mozo de cordel y Dios sabe si ha corrido.



¡Insolente! ¡Atraverse á darme la mano!
— ¿Y porqué no? En este momento los dos llevamos librea.



Regreso de las carreras. — Ten cuidado de no atropellar á los pobres que van á pié.
— No te asustes: eso mejora su raza.



LOS DOMADORES DE FIERAS. — Venid aquí, mi querido Crockett, tengo que decirs dos palabras.
— Acercaos, mi querido Hermann, tengo que enseñaros una cosa buena.



No habiendo querido el oso comerse á Crockett, Hermann le devora á fin de salirse con la suya.



LA ELECCION DE M. ***. — Hé ahí un individuo que siempre sobrenada.

tiene reservada la corona; el rey ¡guárdele Dios dilatados años! reinará mucho tiempo todavía...

Don Juan no había acabado aun estas palabras, cuando llegó un gentilhombre de cámara, pálido el rostro y enteramente turbado, que habló a la camarista mayor, la cual entró inmediatamente en el cuarto de la reina. El rey acababa de ser acometido de una convulsión entre los brazos de su aya, la marquesa de los Velez.

Miráronse recíprocamente a esta noticia Don Juan y la infanta; ambos a dos habían perdido el color. La reina exclamó:

— ¡Jesus! ¡Salvador mio! ¿Será esta la última cruz? ¡Vos estais probando mi paciencia, Dios mio; pero hágase vuestra voluntad!...

Y cayó rendida sobre un canapé. Don Juan se inclinó delante de la infanta, y le dijo con voz alterada:

— Dios protege a la España, y nos conservará al rey... Si su voluntad le llamase a sí, la grandeza y el consejo de Castilla probarán a V. A. lo pronto que están a sacrificarse por el bien del Estado...

— La grandeza, sí, es fiel y leal, interrumpió la infanta; ¡pero el consejo!... sus pretensiones son una injuria hecha a la majestad real, y vos habeis estado no poco atrevido en erigiros en órgano suyo... ¡No repliqueis, Don Juan! Considerad delante de quien estais hablando, y acordaos de que tal vez es llegado el momento en que tendrán que obedecerme.

En la actitud y amenaza de aquella jóven acababa de revelarse la sangre de Felipe II. Su frente sosegada y altanera, lo sombrías y alteradas que se pusieron las niñas de sus ojos, recordaban las facciones de su bisabuelo. Don Juan bajó los ojos a estas palabras; pero aquel movimiento de temor pasó rápidamente como el súbito encarnado que apareció en su frente.

— ¡Imprudente! dijo entre sí, me has amenazado en tono demasiado elevado.

Y saludando con arrogancia, salió con dirección a las habitaciones del rey.

A media noche nadie dormía todavía en palacio, pues el rey estaba en la agonía. Esta fatal nueva no se había aun traslucido fuera del regio alcázar; pero las personas allegadas a la corte estaban inquietas con un acontecimiento que hubiera turbado la paz de toda Europa y cambiado el orden de sucesión en España.

La infanta velaba en su alcoba. No fué posible resolverla a que se acostase; de cuarto en cuarto de hora enviaba a saber noticias del estado del rey. Sentada delante de su reclinatorio, apoyaba su cabeza en la espalda de la camarista que estaba de rodillas a su lado; a poca distancia había dos damas hablando en voz baja. Un gran número de bugias alumbraban profusamente la habitación que parecía una capilla ardiente, y sus móviles resplandores parecían dar vida a aquellas pálidas figuras de santos que adornaban el cielo raso. Por entre las ventanas medio abiertas entraba el perfume de los jardines; fuera reinaba un profundo silencio, y hacía mucho tiempo que el atento oído de la camarista no oía mas que el ruido del viento y el lejano murmullo de las fuentes.

De repente el dogo que dormía a los piés de la infanta erizó sus largas sedas, y saliendo al balcón empezó a ladrar con gran furia. En el mismo instante pareció que pasaba un sombrero de hombre delante de las persianas medio abiertas, como si fuese una aparición.

— ¿Qué es eso? ¿Quién va ahí? dijo asustada una de las damas.

— Nadie; no hay nadie absolutamente, respondió la camarista yendo al balcón.

El rostro de la infanta se había cubierto de una palidez repentina.

— ¿Estás loca con tus visiones, Serafina? dijo con voz muy alterada; me has causado un miedo...

— Sosiéguese V. A., dijo la otra dama sonriéndose; si hubiera por aquí algún fantasma, Don Juan daría buena cuenta de él: miradle allí que sale del cuarto del rey.

Entonces la infanta que se había levantado vió la luz de las antorchas, y oyó el ruido de los pasos; en seguida, y al cabo de diez minutos, llegó a sus oídos una especie de queja lejana. Rita dejó el balcón y entró en el cuarto temblando de piés a cabeza.

— ¡Jesus Maria! dijo, ¡qué frío me ha dado en el balcón! Va a llover, y la noche está tan oscura, que no se ve a nadie a dos pasos de distancia...

— Rita, manda cerrar las ventanas, dijo la princesa cayendo de rodillas sobre uno de los almohadones que había a los piés de su cama.

IV.

Carlos II estuvo durante muchos días entre la vida y la muerte, y cuando salió de esta agonía, entró en una larga y trabajosa convalecencia que hizo creer a todos que aquel frágil niño, vástago sin duda de la vejez del difunto rey, no llegaría nunca a ser hombre. Estuvieron pues muy lejos de apagarse las ambiciones que había despertado su sucesión; el partido francés, que tenía por jefe a Don Juan de Austria, tenía puestas sus miras en la reina esposa de Luis XIV, y quería casar a la infanta en Alemania, con el objeto de que siendo esposa de un soberano extranjero, llegase a ser extranjera también para los españoles: a otra cosa aspiraba el partido alemán, aunque siguiendo el mismo camino, pues quería dar la infanta y la corona de España al emperador Leopoldo. En medio de este choque, entre tantos intereses encontrados, en medio de todos estos secretos

manejos, el padre Nitardho, entregado ostensiblemente al partido alemán, trabajaba secretamente para romper esta alianza; la voluntad de la reina y la opinión claramente manifestada por el consejo, la habían obligado por necesidad a dar su consentimiento, pero contaba con la resistencia de la infanta. Cuando el peligro de su hermano la puso tan cerca del trono, había esta suplicado efectivamente a la reina que rompiera las negociaciones del casamiento. Esta declaración había puesto en conmoción a toda la corte, pues descontentaba igualmente a los dos partidos. Entonces el P. Nitardho, apoyado en la voluntad de la infanta, se declaró a su favor y se preparó a sostenerla con la reina, cuyas resoluciones dirigía a su arbitrio. La enfermedad del rey había puesto tregua a la oposición del consejo, y el P. Nitardho no dejaba de sacar partido de esta especie de armisticio; pero su posición fué muy embarazosa luego que desapareció el peligro del rey; los dos partidos se reunieron contra él, echándole la culpa de la resistencia de la infanta, y solo esperaban un pretexto para precipitarle de la altura de su favor; los cortesanos estaban de acuerdo en aborrecerle, y solo la reina le sostenía contra todos.

Sin embargo, la infanta vivía sumergida en una triste languidez; ni los graves intereses que se discutían, ni la sorda lucha empeñada en derredor suyo, eran bastantes a distraerla de su abatimiento: dejábase conducir en los minuciosos deberes que la imponía la etiqueta con una docilidad y una indiferencia que nadie la había conocido nunca: solo tenía gusto en hablar con Rita, y todos los días se pasaba muchas horas haciendo oración. También la camarista había perdido repentinamente su anterior alegría, y en la tertulia de la reina estaba tan seria como la misma aya de la infanta; prestaba una atención inquieta a todas las noticias que corrían por palacio; sus ojos turbados interrogaban muchas veces a la fisonomía mas reservada de la infanta, y parecía tranquilizarse al verla tan sosegada y satisfecha. Estas dos jóvenes tenían entonces sobre sí el peso de un terrible secreto y las ansias de una incertidumbre que nadie podía penetrar. Desde aquella fatal noche que siguió al día de las rogativas, el negro Perico había desaparecido de palacio; y ¿quién podía decir cómo habría cumplido las órdenes que se le habían dado?

Don Juan de Austria no había vuelto a su priorato de Consuegra; servíale de pretexto la enfermedad del rey para quedarse en la corte, donde se mantuvo con arrogancia contra todo el poder del P. Nitardho. La reina se vengaba de él tratándole públicamente con frialdad y altanería, y alguna vez provocándole con amargas palabras. A estos despechos femeninos oponía Don Juan una obstinación impasible; nunca dejaba de asistir a la corte de la reina, y aparentaba no echar de ver que esta solo le veía en ella con una cólera mezclada de temor.

Una tarde de audiencia estaba la reina en la galería principal con muchos de sus cortesanos. Aquella magnífica habitación, que servía para recibir a los embajadores, daba a los jardines de palacio: el cielo raso pintado de azul de ultramar, y adornado con arabescos de oro, se apoyaba en una colgadura de damasco. No se veían allí confundidas como en las demás habitaciones las admirables pinturas sagradas y profanas con que los grandes maestros de la escuela española habían enriquecido las paredes del Buen Retiro. Una larga fila de retratos era lo único que llamaba la atención: todos eran de reyes y príncipes de la monarquía española. Aquella serie de hombres ilustres empezaba en el valiente montañés Don Pelayo y acababa en Felipe IV. El genio de Velazquez había expresado tan admirablemente el melancólico rostro del último rey, que parecía que este se salía del cuadro, y que presidía aun las ceremonias fiestas de su corte, en la que reinó tanto tiempo.

La infanta estaba sentada a la derecha de su madre; las damas que formaban su acompañamiento estaban algo separadas; algo mas cerca se hallaban Don Juan y el padre confesor hablando alternativamente con la reina. Guardaban uno con otro un silencio profundo que tenía cierta expresión singular y de mala voluntad. Don Juan por la gallardía de su persona, su traje de corte, en cuya capa estaba bordada la cruz de Malta, parecía dominar la figura común y descolorida del padre Nitardho. De cuando en cuando volvía la vista con una atención particular hacia la duquesa de Sandoval, sentada detrás de la infanta. Al principio la jóven se abochornó de que la mirase de aquella manera, pero despues sostuvo con arrogancia sus miradas. Quiso como desafiar a Don Juan en quien veía un enemigo de cuantos eran amados de su soberana. Pero ¿qué podía temer ella, la duquesa de Sandoval, marquesa de Denia, de este odio que tanto hacía temblar a un favorito advenedizo como el P. Nitardho? Su posición no era de aquellas que dependen enteramente del favor de los príncipes. Don Juan aprovechó el momento en que la reina estaba hablando con el P. Nitardho y el arzobispo de Toledo para acercarse a la infanta. Se colocó detrás de su asiento, y pareció esperar la ocasión de dirigirle la palabra; pero ella apartó con obstinación la vista, sin dejar su inmovilidad mas que para decir algunas palabras a la camarista. Entonces Don Juan se volvió al conde de Castriello y le dijo con cierto aire misterioso:

— Sabe Dios las noticias que el buen padre confesor estará dando en este momento a la reina. Monseñor el de Toledo está rebosando de alegría. Pues mira, yo tambien sé una noticia que si quisiera contarla no sería la que menos excitase la curiosidad.

— ¿Alguna noticia de Portugal? respondió el conde

disimuladamente. Eso ya se decía esta mañana: dos espías cogidos en una hospedería de la Puerta del Sol, donde se habían introducido vestidos de mujeres. Ya ve V. A. que estoy bien informado.

— No es eso, interrumpió Don Juan; hablo de cierta aventura que aun no se ha divulgado en el gabinete de ningún alcalde de corte. Castriello, quiero contarte algo de ella si me prometes el secreto, pero advierte que no soy el héroe de la aventura.

— Pues entonces V. A. será cuando menos el confidente.

— Ninguna de las dos cosas. Paseando ayer por el Prado con don José de Mayades y algunos otros caballeros, reparé en un hombre que caminaba despacio delante de mí. Llevaba la capa echada detrás de la espalda al estilo de los estudiantes de Salamanca, que no tienen calzas ni jubón; las alas de su sombrero le iban tropezando con el cuello; llevaba vendada la cara con una larga cinta negra que en nada se distinguía de sus megillas de color de hollín. Conocíle inmediatamente, aunque solo le había visto una noche a la luz de las antorchas; pero mi espada le había hecho en la frente una señal por la que debía reconocerle en todo tiempo.

Al oír estas palabras la camarista, que había estado escuchando con un vago recelo, apretó imperceptiblemente el brazo de la princesa.

— ¿Había herido quizás V. A. a ese caballero en sus campañas de Italia ó Portugal? dijo el conde de Castriello.

— No; no fué en un campo de batalla donde le encontré: fué cierta noche, en un jardín y a la orilla de un estanque.

— ¡Caramba! dijo el conde, eso ya va siendo muy misterioso. El galán se paseaba sin duda por los hermosos ojos de alguna dama, y V. A. interrumpió su serenata.

Encogiése de hombros Don Juan y replicó:

— Era un negro de feísimo rostro. Viéndose herido, se me hincó de rodillas y me confesó que estaba rondando aquella noche en el jardín para salvar el honor de una ilustre dama. Hícele conducir en mi propia silla de manos, y pareciéndome que se encontraba muy mal herido, dejé mis preguntas para el día siguiente, y mandé que le acostasen en una sala baja del palacio nuevo. Escapóse aquella misma noche, y ayer le he vuelto a encontrar. El infeliz quiso hacer como que no me conocía, y dejó sin respuesta todas mis preguntas. Entonces mandé que le registrasen. Y ¿qué dirás que se le encontró en los bolsillos donde no había un maravedí? Todo un tesoro, Castriello: dos riquísimas perlas, por las que he venido en conocimiento de quién era la ilustre señora cuyo honor debía salvar. ¿Qué tal? ¿No te parece extraordinaria la aventura?

— ¡Muchísimo! respondió el conde, que a la verdad lo encontraba todo muy oscuro. Sin embargo, no he acabado de comprender...

— Es que no he concluido todavía, replicó Don Juan echando una mirada penetrante a la infanta.

Estaba esta pálida como la muerte. La camarista aterrada se había acogido a sus rodillas.

Don Juan las dejó reflexionar un momento, é inclinándose hacia la princesa, le dijo a media voz:

— ¿Acabo, señora?

La infanta comprendió entonces que estaba a la merced de Don Juan, y cediendo en vista de aquel amargo trance, dijo entre dientes:

— ¿Qué queréis de mí, señor gran prior?

— Decídmelo hermano, la interrumpió con altanería; me llamo Don Juan de Austria.

— Hermano mio, prosiguió ella llena de terror, habla en tono mas bajo... que nos estan oyendo.

Don Juan era vano, irascible y astuto, pero no tenía malas intenciones. El apoyo que la infanta prestaba al padre confesor era lo único que le animaba contra ella. En aquel momento se olvidó de su resentimiento y dijo con mas dulzura:

— ¿Teneis confianza en mí, Margarita?

Esta bajó la cabeza; la camarista miró humildemente a Don Juan como pidiéndole indulgencia.

— El negro lo ha confesado todo, dijo este al oído de la infanta; lo ha confesado a mi únicamente, y su confesión ha muerto con él...

— ¿Ha muerto?

— Sí, respondió friamente Don Juan; hay secretos que un hombre no puede guardar vivo. Todo está acabado, y ahora ya no puede hablar; las dos perlas que le dió la duquesa de Sandoval os serán devueltas; pero antes es menester que yo sepa quién es el hombre que ha osado penetrar en los jardines, y de qué modo ha salido de allí.

— ¡De qué modo! repitió la infanta estremeciéndose, ¡de qué modo! yo no lo sé. ¿No os dijo el negro?...

— El negro lo dejó en los jardines, respondió Don Juan observando a la princesa con una sorpresa mezclada de desconfianza. ¿Lo ignorais por ventura, Margarita?

Meneó esta la cabeza, y juntando las manos, exclamó:

— ¡Y está allí todavía!

— Mas bajo, dijo Don Juan, mas bajo; la reina está oyendo...

— Hermano mio, dijo la infanta, reprimiendo su desesperación y procurando evitar las miradas de los que la observaban, hermano mio, ¿qué exigis de mí para que a mi vez pueda exigir y fiarme de vos?

Don Juan volvió lentamente la vista hacia el P. Nitardho.

— Sí, dijo ella; le abandono.

— El consentimiento que no queriais...

— Desde ahora le doy. ¿No me pedis nada mas?
 — Nada.
 — Pues bien, hermano mio; juradme ahora hacer lo que os voy á pedir.
 — Lo juro por mi honor de caballero.
 — Esta misma noche ireis á los jardines, buscareis por todos ellos y encontrareis á Blomberg...
 — ¡Blomberg! ¡Era Blomberg!
 — Mas bajo, hermano mio, mas bajo; el P. Nitardho os ha oido...

Levantóse Don Juan inmediatamente. La reina, que tambien habia oido pronunciar este nombre, le dijo á su confesor:

— ¿El caballero Blomberg está en Madrid ó en Calatrava?

— El cargo con que le ha honrado V. M., respondió friamente el P. Nitardho, le tiene detenido en el convento de Calatrava; allí está desde el día de las rogativas.

V.

Eran las dos de la mañana. Una sola lámpara alumbraba la alcoba de la infanta, y su indeciso resplandor iluminaba la cara de la camarista adormecida á los piés de la cama. Las cortinas estaban corridas, y Margarita de Austria, arrodillada sobre su lecho con el pelo tendido y el corazón oprimido de angustia, esperaba el fin de aquella larga noche. A algunos pasos dormian profundamente dos damas, que segun costumbre estaban pegadas á la puerta, en términos que hubiera sido menester pasar sobre su cuerpo para penetrar en la alcoba.

La infanta se levantó sin hacer ruido: cada hora habia pesado sobre ella como un siglo de tormento. En vano procuró ponerse en oracion por aquel cuya vida habia quizás acabado para ella en tan angustiosa agonía: las palabras espiraban en sus inmóviles labios. En vano levantaba la vista hacia el Cristo que tenia delante, pues no veia mas que la imagen de Blomberg amarillo, desfigurado y muerto de hambre en medio de aquellos jardines coronados de tantas flores, debajo de aquellos bosquecillos, delante de los cuales habia pasado la vispera rodeada de las damas de su corte.

Por último, despertó á la camarista; el silencio de aquella espaciosa habitacion la infundia miedo.

— Rita, dijo, ¿no podrás abrir una de esas ventanas?

— Ahora vere, señora, respondió aquella echándola una chambra sobre sus espaldas. ¡Jesus, Dios mio! Vuestra Alteza va á sucumbir á tanta angustia... ¡En nombre del cielo! ¡ármese de un poco de valor... Todo está arreglado ya sin duda...

— Abre esa ventana, volvió á repetir la princesa; si no puedes hacerlo sola, yo te ayudaré.

Rita probó á abrir la ventana con suavidad, y al cabo de algunos esfuerzos sus débiles manos consiguieron dar vuelta á las pesadas fallebas. La princesa se asomó temblando al balcon, y sus miradas inquietas procuraron penetrar la espesura de los jardines. Alumbraba la luna su dilatado recinto, el negro ramaje de las olmedillas rodeaba sus embalsamados cuadros, en que se desplegaban montones de rosas, y los tilos del paseo principal adelantaban sus sombras hasta la blanca fachada del palacio; algo mas lejos, y pasados los bosquecillos y cuadros de flores, relumbraba el grande estanque de agua entre los céspedes, como un clarísimo espejo en un marco de ébano. Por todas partes reinaban el silencio y la soledad; el canto lastimero del ruiseñor era lo único que acompañaba al lejano murmullo de las fuentes.

— ¡Dios mio! ¿le habrá Don Juan encontrado vivo? dijo con angustia la infanta mirando melancólicamente al cielo; ¡vivir un mes entero en un suplicio tan cruel! ¡El hambre, Rita, el hambre! ¡Dios mio, hago voto de ayunar todos los dias de mi vida en expiacion de todo lo que ha sufrido por mi causa!

— En el jardin habia algunas naranjas, dijo la camarista, y habrá comido de ellas; puede vivirse un mes entero bebiendo solo un poco de agua: de este modo pasaba la cuaresma el bienaventurado san Juan de la Cruz.

Arrodillóse la infanta, y apoyando su frente en la bañada de mármol, estuvo mirando y escuchando largo rato. No habia nadie en el espacio á donde podia alcanzar su vista, y solo el viento agitaba las copas de los árboles.

Repentinamente el perro de aguas acostado en la alcoba se puso á ladrar sordamente: asustada la camarista sacó la cabeza fuera del balcon, y mas allá del cuadro principal del jardin vió moverse una especie de sombra.

— ¡Don Juan! ¡Mirad á Don Juan! dijo reconociéndole en la larga pluma negra del sombrero; con él va otro caballero... Es Mayades... ¡Jesus! ¿Qué es lo que llevan de aquel modo?...

La princesa se levantó; sus ojos inmóviles y enjutos siguieron al grupo que se dirigia hacia el gran estanque de agua. Pasó entonces una nube, y todas las sombras desaparecieron durante algunos minutos; mas luego un débil rayo de luna vino á iluminar otra vez el jardin. Entonces la infanta volvió á ver á Don Juan y á Mayades á orillas del estanque, los cuales estaban inclinados mirando un bulto blanco tendido sobre la yerba.

— ¡Blomberg es! exclamó trémula y sobresaltada.

La camarista llena de terror levantó las manos al cielo; su vista mas penetrante distinguía un cuerpo inmóvil que Mayades envolvía en una capa, y entonces se acordó de aquellas palabras terribles de Don Juan:

¡Hay secretos que ningun hombre puede guardar vivo!
 — ¡Blomberg es! repitió la infanta; ¡él es, desmayado, moribundo! ¡Sin duda le están dando auxilio... ya le levantan! ¡Ay!...

Dió un grito de desesperacion y cayó en tierra desmayada; el cuerpo de Blomberg acababa de ser arrojado al fondo del estanque.

Dos meses despues la infanta Doña Margarita de Austria se ausentaba para siempre de España. Las galeras que la conducian salian del puerto de Barcelona saludadas por los cañones de los fuertes y las aclamaciones de la multitud. Hallábase de pié en el puente empavado con banderas en que estaban bordadas las armas imperiales, despidiéndose de sus damas y de toda la servidumbre.

La duquesa de Sandoval fué la última que abrazó sus rodillas teniendo los ojos anegados en lágrimas.

— ¡Ay, señora! dijo besandola las manos; ¡ya es cosa hecha!... para siempre... A Alemania...

— ¡No llores, Rita, dijo la nueva emperatriz sonriéndose con amargura; no llores por eso, que moriré joven!...

Revista de la moda.

SUMARIO. — ¿En dónde está la moda? — Las señoras vestidas de aldeanas, de escocesas ó de «brigantas.» — Los trajes de Fra Diavolo. — Las parisienses con botas. — Las camisas reemplazan los cuerpos de los vestidos. — Los trajes blancos en las carreras de Maisons-Laffitte. — Dos trajes de viaje. — La moda de las telas escocesas. — De lo que es la moda en realidad — Lucha entre los sombreros redondos y los sombreros-capotas. — El espíritu del siglo y de la moda. — Descripción del figurin que representa trajes de baile de verano.

¿Dónde está la moda? — En todas partes: en los establecimientos termalés, en las orillas del mar, en el campo ó en excursiones pintorescas. A porfía, las señoras huyen de Paris vestidas de aldeanas ó de «brigantas.»

Esto parecerá una broma, y sin embargo es la exacta verdad. Las señoras mas elegantes que se pasean en Baden, Ems ó Dieppe, los tres reinos de la moda, se parecen por lo menos á Fra Diavolo. Nada les falta; ni el sombrero puntiagudo adornado con una pluma y una escarapela, ni la chaquetilla con alamares y su correspondiente cinturón anudado como una faja, ni la camisa que deja libre el cuello, ni la corbata suelta, ni las botas atacadas con borlas.

Esto de las botas exige que se levante un poco el vestido para que se vean; quizá llegue pronto el día en que se usen pantalones de zuavos. En punto á excentricidades, no nos sorprende nada.

En la mayor parte de los vestidos se suprime el cuerpo, porque es mas cómodo.

En lugar del cuerpo se ven camisas de fular, de alpaga, de batista, de muselina, de guipure y de encaje.

Las unas son de forma rusa, las otras plegadas á la suiza, estas cortadas á la napolitana, aquellas á la morisca. Tambien se usa la camisa marinera destinada á traje de jardin.

Este género de vestidos es muy propio para vuestras regiones tropicales.

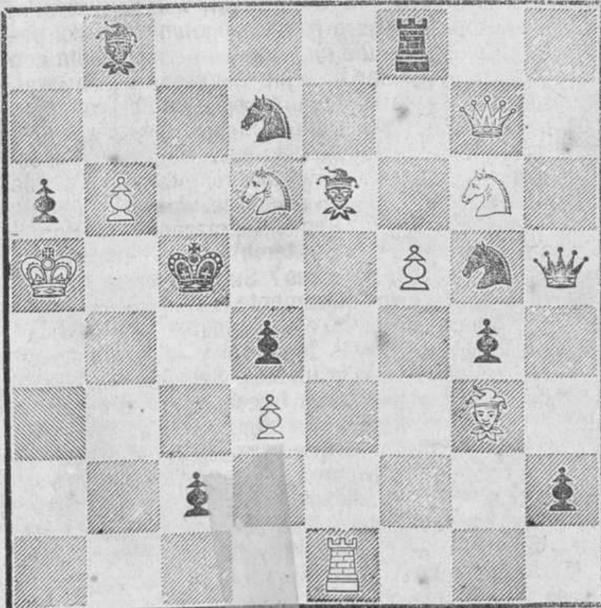
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 70.

- 1 P 4ª TRª
- 2 A 5ª AR
- 3 A 6ª R ó 4ª R jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 71, POR M. C. BAYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

La camisa napolitana de linó de batista y de guipure de Venecia está muy bien con toda clase de faldas, de muselina, de organdi y hasta de seda.

Lo que tambien debe agradaros son los trajes blancos. El blanco está hoy tan en moda como en tiempo de nuestras madres bajo el primer imperio. No hay nada mas aristocrático, mas fresco y mas distinguido que un traje blanco.

Hé aquí pues algunos de estos trajes que he fotografiado en las carreras de caballos de Maisons-Laffitte.

La condesa de P... llevaba un vestido de popelina blanca sin mas adorno que un rizado de cinta verde en el bajo de la falda. Cada paño llevaba en la costura una gruesa trencilla verde, y la falda estaba abotonada en toda su altura con anchos botones verdes. La chaquetilla galoneada y abierta á la Figaro, dejaba ver un ancho cinturón de cinta verde terminado por placas de guipure de Venecia. Todos los contornos de la chaquetilla estaban orlados con un rizado verde.

El sombrerito voluntario era de paja blanca, y llevaba tres pequeños sesgos de terciopelo que rodeaban el casco y estaban sujetos con un botón de esmeralda. Estos tres terciopelos sostenian en medio del casco un pouff de plumas verdes y de dalias blancas.

La condesa de Morny, que partia el día siguiente para Trouville, llevaba un vestido de muselina blanca bordada que se componia de un alto volante que llegaba hasta las caderas sobre un viso azul de China. El cuerpo era escotado con pañoleta Luis XIII en torno de los hombros, guarnecida de un volante que le llegaba á la cintura. Las mangas muy anchas y muy huecas formaban puños de bordado bastante anchos para que pudiera pasar la mano.

Una pequeña esclavina que pasaba del talle completaba este lindo prendido.

El cinturón de anchísima cinta azul se anudaba por detrás con puntas flotantes.

Por tocado llevaba un Increible de paja de Italia, con una doble cinta negra y azul en torno del casco, y un pouff de plumas de pavo real. El interior del ala estaba rizado con una cintita azul.

Finalmente, habia otro traje blanco de muselina sobre viso de tafetan verde mar.

La falda remataba en un alto volante rizado y guarnecido de una pequeña guipure nieve.

El cuerpo alto tenia un cinturón suizo de tafetan verde velado de muselina.

Sobre este vestido caia una rotonda de muselina guarnecida con un volante de Chantilly. El sombrerito era de paja negra, estaba ribeteado de terciopelo escocés, y tenia un plumero blanco, negro y verde.

El escocés es en la actualidad la última expresion de la moda parisiense.

Para baños de mar se llevan mucho los klans escoceses verde y blanco ó encarnado y negro, ó de todos los colores nacionales mezclados.

Este invierno se harán con las telas escocesas los trajes mas vistosos y originales, á menos que de aquí á entonces no desmerezcan y caigan en olvido.

La moda es toda entusiasmo y capricho, y lo que quiere hoy, mañana lo desdena.

Ahora hé aquí dos trajes de viaje:

El uno es de fular crudo con un adorno en cada medio paño, que se compone de tres plegados de cinta formando ruche.

Con esta falda se lleva una camisa rusa de fular blanco bordado de negro; y en lugar de cuerpo un pequeño paletó mosquetero género Luis XIII, con hombreras y guarnicion por el mismo estilo.

Por tocado sombrero de paja cruda con pouff de plumas negras y crudas.

El otro traje es de moclair malva albaricoque, guarnecido con un entredos de guipure negra que se desarrolla en lazos Tancret.

Camisa de Holanda y de guipure con paletó del mismo género y con el mismo adorno que la falda.

Hay una lucha entre los sombreros redondos y los sombreros-capotas. ¿Quién se llevará el triunfo?

No hay duda que los sombreros redondos son seductores, pero bajo la condicion de que han de dar sombra á un bonito rostro.

Lo que hace la moda, no es tanto la moda como la persona que lleva las cosas nuevas.

Este es el punto mas importante de la gracia y de la elegancia, que la mayor parte de las señoras no comprenden en su justo valor.

En cuanto se dice: «es moda;» muchas se imaginan que deben ponerse feas por lucir las actualidades del día.

Una elegante no puede hacer ya como en otros tiempos, provision de vestidos; pues en cada estacion una moda viene á destruir otra.

Hoy son las sombrillas con franja y mañana con encaje.

¿Y qué resulta de aquí?

Que la moda ignora ella misma lo que pretende y lo que desea.

Al mismo tiempo que la sombrilla, el baston se presenta con una autoridad extraña.

— La marquesa de Maintenon usaba baston. Por consiguiente es preciso imitarla.

Toda actualidad que no parece ni racional, ni lógica, se acepta inmediatamente y se proclama.

Tal es el espíritu del siglo.

¿Penetraremos mas aun en el reino de lo imposible, ó bien volveremos á trajes mas sencillos, mas sensatos y racionales?

Mientras llegan las modas de otoño que se confeccionan en medio del verano, hé aquí unos bonitos prendidos que acaban de figurar en un baile dado en las orillas del lago de Enghien.

No son de relumbron, sino sencillos y agradables como la naturaleza en los dias que atravesamos.

El primero, que es un traje de joven, soltera ó casada, se compone de un vestido de bordado de Nancy sobre un gran dobladillo.



Inauguración del tiro nacional en Turin.

El cuerpo es escotado, de pliegues suizos, y va guarnecido con una ruche de tafetan rosa al rededor de la escotadura.

Las mangas cortas y con dos bullones llevan tambien una ruche entre los dos bullones.

Cinturon de cinta rosa muy ancho, anudado por detrás con puntas que rematan en un adorno de pasamanería con franja rosa.

En la cabeza diadema de rositas de mayo sin follaje. Abanico de hojas de tafetan con pintura de rosas y violetas.

Segundo traje; para baile ó teatro:— Vestido de gasa de Chambéry, adornado en el bajo de la falda con volantes menudos puestos al sesgo entre dos volantes un poco mas altos. Cuerpo escotado al modo de los que se llevan en Berna, y cubierto por delante con volantes menudos de gasa. Mangas cortas enteramente cubiertas de pequeños volantes. Griñon escotado con pliegues suizos, y adornado de valenciennes. Mangas interiores con puntilla de Valenciennes. En la cabeza cordón de geranio blanco.

Tercer traje; para niña. — Vestido de gasa azul cubierto de bullones nieve de tul-malinas, describiendo losanges hasta las rodillas, y subiendo serpenteando hasta el talle. Cuerpo adornado con una berta de gasa, cubierta de los mismos bullones mas pequeños. Mangas cortas formando tres bullones azules separados por bullones blancos. En los cabellos adorno de no me olvides y musgo blanco. Albornoz argelino sobre este traje.

Cuarto traje; para soirée. — Vestido de tafetan vincapervinca de matiz claro, adornado en el bajo de la falda con una guirnalda formada por un plegado de gasa. En cada costura de los paños hay un rizado de tafetan. Cuerpo escotado adornado con un cinturón bernense de tafetan guarnecido de un rizado de gasa. Por detrás este cinturón forma faldeta postillon, montado á gruesos pliegues. Tirantes de tafetan guarnecidos en las orillas con rizados de gasa y un pequeño sesgo de tafetan. Mangas cortas con un rizado de gasa que cae sobre un bullón de tarlana blanca. En el pelo adorno de lilas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

El tiro nacional italiano.

El 22 de junio tuvo lugar la inauguración del primer tiro nacional de Turin en medio de un inmenso concurso de curiosos. La plazoleta de la hermosa avenida que conduce de la calle de Niza al Valentino había sido cercada de manera que solo quedaba libre la vía del centro. Por ambos lados se elevaban vastas colgaduras blancas y encarnadas, y bajo estos cortinajes se extendían dos largas mesas cubiertas de botellas y de manjares

frios. Los cuatro ángulos que formaban las dos entradas de este espacio estaban ocupados por pilares coronados con banderas italianas, y en el intermedio se leía la inscripción siguiente:

« A los ciudadanos de todas las provincias y á los extranjeros amigos de la Italia llegados al primer tiro nacional, la municipalidad de Turin. »

Un poco mas lejos á la derecha del castillo de Valentino se elevaba el peristilo de un templo griego con ocho columnas de frente, y en cuyo frontón se leía: PRIMER TIRO NACIONAL. Este peristilo tenia por fondo el

KNUTY, tirador suizo,
primer premio del tiro nacional italiano.

cielo y los blancos Alpes vistos en lontananza. En las plataformas había pabellones de armas á cuyo pie habían colocado cañones y morteros.

A la derecha y á la izquierda del peristilo habían construido espaciosa tribunas adornadas con colgaduras blancas y encarnadas destinadas á los espectadores del tiro, que se halla situado en el recinto del Valentino y oculto á las miradas de los paseantes por esas construcciones.

A las diez, los tiradores suizos que eran setenta, formados en buen orden, con la bandera federal á la cabe-

za, pero sin tambor ni clarín, salieron de la habitación del cónsul suizo, señor Geisser, en el Corso, plaza de Armas, recorrieron la calle de Niza, y entraron en la avenida de Valentino. La muchedumbre que comenzaba á reunirse les acogió con los aplausos mas vivos y simpáticos. La bandera respondía inclinándose de izquierda á derecha á los vitores, que iban en aumento á medida que avanzaba la columna. La guardia nacional formaba la carrera cerca de la plazoleta; los tiradores suizos hicieron alto un momento, y luego fueron introducidos por los delegados de la Sociedad nacional del tiro en el recinto, donde los recibió el marqués de Rorá, síndico de Turin. Entonces se llenaron las copas, y los suizos echaron dos brindis, uno á la Italia y otro á la ciudad de Turin, saludados entrambos con tres hurras. El síndico respondió á los brindis con un viva á la Suiza, que fué ardorosamente aclamado.

Los tiradores italianos llegaron por su parte en una columna formada de grupos separados precedidos cada uno por su bandera. Estas banderas ascendían al número de veinte y dos.

A eso de las once SS. AA. RR. los príncipes Humberto y Amadeo llegaron en coche de gala acompañados del edecán del rey, el vicepresidente de la Sociedad del tiro general de Angogna, de algunos ministros, y de una parte de su casa militar. Poco despues de su llegada recibieron bajo el peristilo á las diferentes diputaciones, á cuya cabeza marchaba la diputación suiza, precedida de la banda de música de la guardia nacional de Turin.

El consejero de Estado, encargado del departamento militar del cantón de Ginebra, presidente de la diputación helvética, señor Vautier, presentó entonces al príncipe Humberto, dirigiéndole una breve alocución, una magnífica bandera con los colores federales, regalada por los tiradores suizos al tiro nacional italiano. La entrega de la bandera fué saludada con tres hurras.

Su Alteza Real respondió al delegado de la Suiza con algunas palabras profundamente simpáticas, que fueron cubiertas de aplausos.

El senador Torelli tomó la palabra á su vez para dar gracias al representante de los tiradores suizos, por los generosos sentimientos que había manifestado en favor de la Italia.

A esta recepción sucedieron las recepciones de otras diputaciones, y por fin, al dar las doce se declaró abierto el tiro, previa la señal dada por el cañón.

Su Alteza Real el príncipe Humberto hizo los dos primeros disparos de carabina, habiendo alcanzado el primer premio del tiro nacional italiano el tirador suizo señor Knuty, cuyo retrato damos en esta página.

P. P.